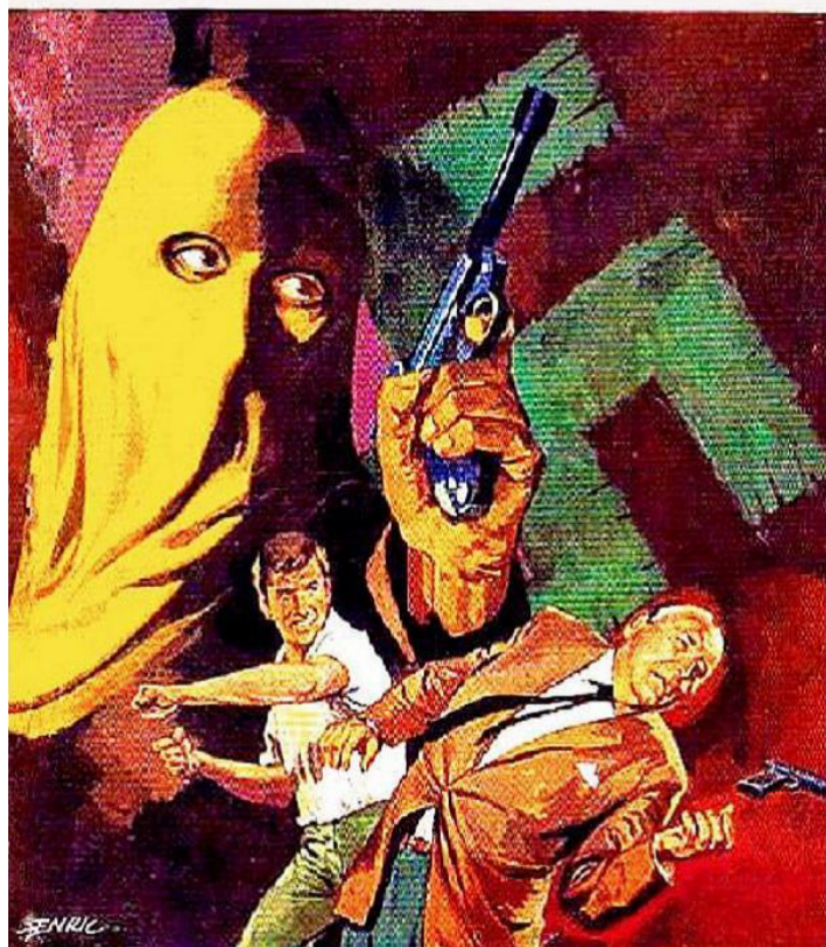




AGENTE 2000

 **CURTIS GARLAND**



Los asesinos eran tres. Los tres parecían iguales entre sí.

Y quizá lo eran. Nadie hubiera podido saberlo con exactitud.

En realidad, no pretendían parecer diferentes. Y tenían éxito en su empeño.

Eran asesinos. Asesinos profesionales. Cuando tenían que cumplir una misión, no acostumbraban a fallar. En esta ocasión, no tenía por qué ser diferente.

Y no lo sería.



Curtis Garland

Agente 2000

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1266

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Agente 2000*

Curtis Garland, 1974

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PRIMERA PARTE

ROSTRO DE ORO

CAPÍTULO PRIMERO

TRIO PARA MUERTE EN DO MAYOR

Los asesinos eran tres. Los tres parecían iguales entre sí.

Y quizá lo eran. Nadie hubiera podido saberlo con exactitud.

En realidad, no pretendían parecer diferentes. Y tenían éxito en su empeño.

Eran asesinos. Asesinos profesionales. Cuando tenían que cumplir una misión, no acostumbraban a fallar. En esta ocasión, no tenía por qué ser diferente.

Y no lo sería.

La víctima iba a ser fácil. Los tres asesinos lo sabían. Eran expertos en su oficio. Estaban convencidos de que uno solo de ellos, hubiera cumplido la tarea con igual eficacia y prontitud. Pero eran tres los encargados de llevarla a la práctica, y siempre había que aceptar los encargos en su exacto sentido. Para eso eran los asesinos mejor pagados en aquella parte del país. Y en muchos otros sitios.

Los tres hombres parecían mellizos. Quizá lo fuesen o quizá no. Eso, nadie hubiese podido decirlo. Y la víctima, menos aún que nadie.

Porque la víctima no sospechó en absoluto de los tres mellizos de pelo rapado, gafas negras, con montura plateada, impecable paraguas cerrado, largo, de color negro, con empuñadura de hueso, y sobretodo pardo, impermeable, de excelente tejido de gabardina.

El cabello a cepillo, color rojizo, las gafas, los tres paraguas, los tres impermeables pardos... No se podían pedir más factores comunes al trío. Y, por si eso fuera poco, su modo de andar, de moverse...

Caminaban al unísono. Con igual ritmo, con pasos calcados uno de otro. Una formación perfecta. Casi mecánica. Quizá por ello, tenía mucho de fría, de deshumanizada.

La víctima enarcó las cejas, con cierta sorpresa. No llovía, pero el tiempo presagiaba lluvia. Los nubarrones negros se extendían sombríamente sobre la ciudad, y soplaban un aire a ráfagas, húmedo y frío, con fuerte olor a ozono. Llevar un paraguas, con semejante clima, era lo más normal del mundo. Pero que los tres paraguas

fuesen iguales en longitud, forma y línea, e incluso en el dibujo de su empuñadura, que representaba la cabeza de un *doberman*, parecía algo sorprendente para un hombre tan observador y metódico como lord Kimberland.

Lo cierto es que lord Kimberland llevaba algunos días particularmente nervioso, a juicio de sus compañeros y servidores del Club de Solteros de Hyde Park. Eso, en una persona tan severa, impasible y calmosa como lord Kimberland, no dejaba de resultar Chocante cuando menos.

Y ahora, de repente, lord Kimberland cambió su apariencia. De nervioso, pasó a sorprendido. Y de la sorpresa, pasó a la inquietud. Quizá, incluso, al miedo.

Porque de repente, sus ojos se dilataron, al ver que los tres hombres sonreían. Y sonreían de un modo raro. A la vez los tres simultaneando su sonrisa, idéntica en cada caso, como si en vez de tres caballeros impecablemente ataviados, fuesen tres coristas ante su público.

La estereotipada sonrisa de los tres hombres, parecía dirigida a lord Kimberland. Éste se mostró preocupado ante ellos. Y por un momento, tuvo la loca idea de echar a correr. De escapar de algo que no le gustaba, aunque no sabía lo que pudiera ser.

Tal vez hubiese sido una idea mucho menos loca de lo que le pareció. Y mucho más sensata de lo que hubieran pensado los testigos de la escena, miembros todos del selecto círculo para solteros con elevada renta, en pleno corazón de Londres.

Pero cometió el error de no dejarse llevar por sus impulsos más primarios e instintivos. Quiso ser el lord Kimberland de siempre. No alterarse por nada. No dejarse dominar por las emociones, sobre todo si parecían tan absurdas.

Así, obró como obraba cada día, con matemática minuciosidad de perfecto *gentleman* británico. Y eso le perdió, no dejándole ninguna opción frente a la muerte.

Porque el aristócrata se limitó a hacer como hacía cada día a las cinco de la tarde; se limitó a hacer lo mismo que hacían unos cuantos millones de súbditos de Su Graciosa Majestad británica.

Pidió un té.

—Té, Hodges, por favor —dijo al buen sirviente del salón de lectura.

—Sí, lord Kimberland, en seguida —asintió el severo Hodges, saliendo con su solemnidad acostumbrada, para atender el pedido de aquel miembro del club.

Lord Kimberland se quedó en la sala de lectura. Ante el desplegado ejemplar del *Times* de aquel día. Con su pipa humeando suavemente a su lado, en el soporte del cenicero de piedra labrada. Y con la mirada fija todavía en los tres hombres de paraguas, pelo rojo a cepillo, gafas negras de dorado metal, y sobretudo impermeabilizado, color pardo.

Los tres hombres estaban detrás de la amplia vidriera iluminada que asomaba al ajardinado patio interior del club, provisto de una gran claraboya superior, como techumbre del mismo, por la que se filtraba la luz del día, luminosa cuando brillaba el sol sobre Londres —cosa no demasiado frecuente—, y algo más apagada y difusa cuando ocurría como hoy, y las nubes convertían la tarde londinense en un espectáculo desapacible y gris.

Lord Kimberland se preguntó quiénes serían aquellos tres hombres tan parecidos entre sí, y qué diablos harían dentro del club, donde solamente se autorizaba la entrada a los socios y miembros del mismo, con severas normas restrictivas.

Tal vez eran nuevos miembros de la entidad social, se dijo el aristócrata, empezando a sentirse incómodo ante la presencia de los tres aparentes mellizos, erguidos al otro lado de la amplia vidriera asomada al patio, como un panel de luz, que permitía leer con mayor comodidad, ya que los ruidos del patio no llegaban a penetrar en la sala de lectura.

Los tres hombres paseaban, impávidos, por el patio ajardinado, entre las plantas de los macetones, las jardineras alargadas y cuanto decoraba aquel recinto circular totalmente acristalado.

De repente, se habían parado ante la vidriera de la sala de lectura. Eran las cinco en punto de la tarde, y lord Kimberland acababa de pedir su tradicional té.

Sonrieron de nuevo, mirando al aristócrata. Luego, hicieron algo muy simple. Y tan simultaneado como sus andares, su sonrisa o su modo de vestir.

Sencillamente, alzaron sus paraguas, sujetándolos firmemente por la empuñadura con cabeza de perro *doberman*. Y con las conteras de los tres paraguas, apuntaron a un mismo lugar. A una misma

persona.

Éste enarcó sus cejas, perplejo. La maniobra, perfectamente sincronizada en los tres hombres pelirrojos, le dejó asombrado. No parecía tener sentido. Era como si los tipos se estuvieran burlando de él.

Pero fue algo mucho más grave y trascendente que una simple burla.

Fue su muerte.

Simultáneamente también, como logrado tras perfectos ensayos, los tres paraguas dispararon algo, por la extremidad de sus bastones idénticos: tres llamaradas, tres chorros anaranjados, sibilantes, brotaron de lo que había parecido en todo momento una extremidad vulgar, en un vulgar paraguas.

Los vidrios del panel se hicieron añicos, con formidable estrépito. No hubo detonaciones. Pero las tres silenciosas llamaradas empujaron algo contra el aristócrata. Éste chilló agudamente, de modo desesperado y terrible.

Se incorporó, estrujando entre sus dedos crispados las repletas hojas del *Times*. Algunos lectores se habían erguido, sorprendidos, en sus asientos, primero con cierto escándalo por la alteración de la calma reinante en la sala. Luego, con asombro y sobresalto, al advertir que lord Kimberland se tambaleaba, aferrándose con desesperación a la mesa de lectura, para no caer, con el rostro y el pecho bañados en sangre.

Frente a él, tras la vidriera destrozada, tres hombres con paraguas y sobretodo oscuro, se alejaban con paso rápido, decidido, dejando tras de sí un caos increíble.

Lord Kimberland resbaló, siempre sujeto a la mesa, hasta caer primero de rodillas, y finalmente de bruces sobre la espesa alfombra. La sangre dejó surcos escarlata por doquier.

De los labios convulsos, crispados, del noble británico, brotaron unas extrañas palabras, que algún testigo horrorizado de la escena, pudo recordar después, aunque no entenderlas en absoluto:

—Asesi... nos... Eran asesi... nos... de la... La Dama... Maldi... tos... asesinos... Ahora... será... será en Tel Aviv... donde... donde alguien... muera... La Dama... El Manantial de... de Juven... tud... Shangri-La...

Y murió.

Por supuesto, fueron sus últimas palabras, y tenían toda la apariencia de un delirio agónico o de una tontería sin sentido. Cuando menos, eso pensó el muy honorable *sir* Patrick Holdman, al escuchar cada una de sus entrecortadas palabras, entre burbujas sanguinolentas y estertores de muerte...

A su juicio, poco parecían tener en común entre sí el Monasterio de Hilton[1], una «dama», unos asesinos y la ciudad de Tel Aviv. Sólo aquello del «Manantial de Juventud», mezclado con Shangri-La, podía tener cierta remota relación, que a *sir* Patrick Holdman tampoco se le mostró muy coherente...

Sin embargo, no muchos días más tarde, alguien moría en Tel Aviv, a manos de tres asesinos.

Pero eso, *sir* Patrick no podía saberlo entonces...

* * *

Duncan Forbes, del *Intelligence Service* británico, contempló pensativo el cuerpo sin vida, tendido entre el césped y los macizos de flores bien cuidadas. Sacudió la cabeza, hundiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta de mezclilla gris clara.

—Fue un asesinato brutal —declaró, elevando los ojos hacia el sol cálido y límpido del mediodía israelí—. Realmente brutal. Y fríamente preparado.

El policía israelí asintió, recorriendo el jardín en sentido longitudinal, junto a la cerca de la residencia. Se inclinó, examinando la tierra blanda, por el riego de jardinería.

—Las pisadas de los tres hombres terminan aquí —dijo—. Y se inician las huellas de unos neumáticos. Tienen todas las trazas de pertenecer a un «Land Rover».

—Sí, imaginaba algo así. Tres asesinos, un vehículo a punto, y la fuga tras cometida la fechoría. Todo planeado y previsto. Sin un error, capitán Levy.

El oficial de la policía israelí se mostraba ceñudo al aproximarse de nuevo al agente especial del Servicio Secreto británico.

—Sin un error... Ciertamente, señor Forbes. Parece que sabían perfectamente cómo descargar el golpe sobre su compatriota... Le acribillaron con unas extrañas balas. De corto calibre, pero

explosivas tras el impacto. Una modalidad nueva de las viejas *dum-dum*

. Y disparadas con un arma de largo cañón, posiblemente un rifle...

—Varios rifles. Y simultáneos —rectificó secamente Forbes, tras una ojeada al cuerpo ensangrentado.

—Bien, me refería a una cualquiera de las armas utilizadas —el capitán Levy sacudió la cabeza, perplejo—. Aun así, resulta raro que nadie pudiera penetrar en esta zona con armas de fuego. Y menos aún con rifles... El control es muy riguroso, sobre todo desde que hubo incursiones de comandos palestinos en este sector. Nuestros hombres no acostumbran a fallar en esas medidas elementales de seguridad, y usted lo sabe, señor Forbes.

—Lo sé, capitán. Pero también sé que ahora tenemos un hombre muerto en plena zona de seguridad. Un ciudadano, Lionel Gould, está muerto. Asesinado por varios criminales que no han sido aprehendidos...

—Señor Forbes, puedo decirle que si Lionel Gould era ciudadano británico, también era de raza judía, y residía por su propia voluntad en Israel. Ello nos hace sentir su pérdida en igual medida que a Gran Bretaña. Y, por supuesto, ese suceso no puede deberse en modo alguno a negligencia nuestra.

—Tampoco formulé semejante acusación, puede estar seguro —sonrió fríamente Duncan Forbes—. Lo que pretendo es que colaboremos. Si esta zona, como usted dice, disfrutaba de máximas medidas de seguridad, algo debió fallar momentáneamente, para que varios asesinos pudieran llegar hasta Gould y matarle.

—Es evidente. Y ya estoy en ello —suspiró el capitán Levy—. He dado órdenes por el radioteléfono de mi coche-patrulla. La policía estará ya investigando el asunto. Y los sistemas de seguridad estarán siendo sometidos a una revisión exhaustiva, para ver por dónde pudo fallar. Tenemos los diversos factores a examinar: humano, mecánico o de simple inferioridad respecto a un posible método de ataque enemigo. Sean árabes o no los que llegaron hasta aquí, tuvieron que gozar de una de estas posibilidades: un error o una traición de uno de nuestros miembros de Seguridad, un fallo mecánico imprevisible, o un procedimiento sorpresa del enemigo, que hiciera inútiles nuestros medios. Esta última posibilidad es la que, honestamente, creo menos probable...

—¿Acaso se inclina por... la traición? —sugirió Forbes, ceñudo.

—No. Pero un hombre siempre es menos perfecto que una máquina o un procedimiento programado. Un hombre puede ser engañado, coaccionado... e incluso pagado. Es lo que siempre he sostenido. Y la experiencia me ha demostrado que así fue en un setenta y cinco por ciento de casos. Pero, por supuesto, no afirmo nada todavía... ¿Vamos, señor Forbes?

—Sí, vamos. Aquí creo que no hacemos ya nada...

Se encaminaron a la zona donde se alineaban los coches-patrulla de la policía militar israelí, en los accesos a la llamada Zona Experimental, cercana a Tel Aviv. Los pabellones de los grandes laboratorios y centros de experimentación de la División Química Estatal del Gobierno de Israel, se fueron quedando atrás.

Y con ellos, el cadáver de Lionel Gould, un semita inglés, especializado en investigaciones químico-biológicas, y empleado por el Gobierno de Tel Aviv en sus instalaciones oficiales.

Un lugar adonde, pese a todas las medidas de seguridad, había llegado la muerte.

Nadie sabía aún en qué forma. Ni lo supieron, hasta que alguien, un testigo, manifestó más tarde, a preguntas del capitán Levy:

—¿Intrusos? No, no vi a nadie particularmente sospechoso... Solamente tres hombres. Tres hombres pelirrojos, de cabello rapado a cepillo... Llevaban gafas ahumadas, de montura plateada... Sí, todos llevaban tarjeta de identificación oficial sobre su chaqueta. Y pase nominativo, con la firma de la División de Seguridad.

—¿Tres hombres? ¡Eso es imposible! ¡No se autorizó a nadie para semejante visita! —protestó vivamente el capitán.

—Pues entraron. Debe estar anotado en el registro de acceso a las dependencias de la Zona Experimental —insistió un funcionario de la misma—. Los tres parecían tan iguales... Debían de ser mellizos. Es lo que yo pensé... Incluso llevaban bastón. Los tres llevaban bastón. Y todos eran iguales, como ellos mismos...

El capitán Levy y Duncan Forbes, funcionario británico de Inteligencia, se miraron con viva expresión de súbita desconfianza. Luego, el oficial de la policía israelí, emprendió veloz carrera hacia las oficinas de control. El inglés le siguió sin vacilar.

CAPÍTULO II

MIKE MAGNUM

Tres hombres iguales... Pelirrojos... Corte de pelo a cepillo... Bastones...

—Tres hombres. Pelirrojos. Gafas ahumadas, pelo a cepillo... Iguales los tres... Y con paraguas...

Se miraron entre sí. La coincidencia era absoluta. Además, estaba aquella declaración tomada a *sir* Patrick Holdman, ahora presente en la reunión. El noble afirmó con lentitud.

—Coincide en todo, caballeros. Sólo varían pequeños detalles: el sobretodo oscuro, los paraguas... Es lógico que en Israel, en un clima tan diferente al nuestro, cambien esas particularidades. Vestían de color claro, con distintivos oficiales de identidad, con un permiso gubernativo... y llevaban bastones. En el fondo, todo es igual.

—Y usted oyó hablar a lord Kimberland —le recordó Duncan Forbes, arrugando el ceño.

—Sí. Puedo recordar cada una de sus palabras —suspiró el caballero—. Tengo muy buena memoria, señores.

—No lo dudo. Todo coincide: Tel Aviv, alguien muerto... y los tres hombres que dispararon con sus paraguas sobre lord Kimberland. El capitán Levy habló de rifles... Un bastón puede ocultar un instrumento detonador parecido a un rifle. Un largo cañón que oculta el cilindro del adminículo... Y en la empuñadura, el sistema de percusión. Se ha hecho otras veces, especialmente en el mundo del espionaje, *sir* Patrick.

—Obviamente, hay alguna relación entre lord Kimberland y Lionel Gould, pero ¿cuál, por todos los diablos? —refunfuñó R. F., del alto personal del *Intelligence Service* británico, removiéndose inquieto en su asiento.

—No alcanzo a verlo —manifestó secamente Forbes—. Lord Kimberland era un aristócrata rico y desocupado. En un tiempo fue agente nuestro, durante la II Guerra Mundial. Pero ahora, vivía de

rentas. Lionel Gould, era químico y biólogo. De raza judía, había sufrido cautiverio en la Alemania nazi. Ambas muertes, en apariencia, no guardan entre sí la menor relación. Y ellos, tampoco. *Sir* Patrick Holdman estudiaba a ambos hombres en silencio. Sabía que él no era un testigo vulgar. Su condición de parlamentario, tampoco le hubiese permitido estar presente en aquel privado despacho del *Foreign Office* londinense.

Pero *sir* Patrick era algo más que todo eso. Su cargo en el Almirantazgo y su antigua condición de alto funcionario del número 10 de Downing Street, le conferían ciertos privilegios, a la hora de conocer las actividades secretas de la Seguridad británica. Como en este caso, de singulares características.

—¿Qué piensan hacer, por tanto? —se interesó, curioso, *sir* Patrick Holdman.

R. F. se encogió de hombros, jugueteando con el cortapapeles de empuñadura dorada que tenía sobre su mesa de trabajo. Finalmente, manifestó con lentitud, alzando los ojos hacia Duncan Forbes, recién llegado de Tel Aviv en un vuelo directo hasta la capital británica:

—Creo que habrá que encargar a uno de nuestros mejores hombres en este asunto. Forbes, ¿tiene usted alguna idea al respecto? ¿Sabe a qué agente especial podríamos destinarle para investigar los dos asesinatos, el de Londres y el de Tel Aviv?

—Sí —afirmó Duncan, tras una breve vacilación—. Creo que tengo a ese hombre, señor.

—Bien, entonces no se hable más. Deme su referencia, y encárguese de llamarle, para encomendarle esta tarea sin pérdida de tiempo.

—Es que... hay un problema por medio, señor —manifestó Forbes, dubitativo.

—¿Un problema? —las cejas hirsutas y oscuras de R. F., salpicadas de algunas erizadas canas, se unieron formando una espesa línea recta—. ¿Cuál, Forbes?

—Que el agente a que me refiero... ya no es agente del Servicio de Inteligencia británico.

—¡Cielos! Entonces... ¿cómo diablos se le ha ocurrido pensar en él? —estalló R. F. con sobresalto.

—Verá, señor... Él ha solicitado la baja del servicio de un modo definitivo. Ya sabe que la norma de nuestro cuerpo de Agentes

Especiales, no admite que ellos estén casados, y... y el hombre en quien yo pensaba... se casa hoy.

—¡Se casa hoy! —estalló R. F., en el colmo del estupor—. ¿Es que se ha vuelto loco, Forbes? Casándose hoy, ¿para qué diablos piensa en él?

—Verá, señor... Esa boda tendrá lugar este mediodía, en Westminster... a las doce en punto —miró su reloj de pulsera, con un gesto reflexivo—. Y todavía no son las once... Se puede aún evitar que cometa semejante error... y vuelva a nosotros.

—Sea un error o no, si ha decidido casarse, ¿cómo infiernos piensa evitarlo, Forbes? —Se enfureció R. F., que no parecía entender nada de nada.

—Eso es cosa mía, señor —sonrió ladinamente el agente británico.

—Escuche de una vez por todas... ¿Tan importante es ese hombre que usted... que usted ha pensado precisamente en él para resolver este problema, o cuando menos intentarlo?

—Muy importante, señor. —Forbes miró fijamente a su interlocutor, con cierto destello de ironía en el fondo de sus azules pupilas.

—Es posible que no quiera hacerse cargo de nada, si ya no pertenece a nuestra organización. El hecho de que vaya a casarse, lo prueba sobradamente. Celebrada esa ceremonia, no podrá ser readmitido entre nosotros, usted lo sabe.

—Y si él renunciara a esa boda, ¿se le readmitiría? —indagó Forbes.

—Si lo considera tan imprescindible y él aceptara el pacto... ¿por qué no? —refunfuñó R. F., sacudiendo la cabeza con perplejidad.

—Gracias, señor. Se lo diré así. Seguro que va a alegrarle mucho, y tal vez decida elegirnos a nosotros, en vez de a su novia. Sobre todo, contando con su aprobación... ya que usted fue quien le despidió de la organización, si no recuerdo mal.

—¿Que yo le despedí de... de la organización? —R. F. dio un respingo, mirando con asombro a su subordinado—. ¿Qué quiere decir? ¿No pretenderá darme a entender que ese hombre es... es precisamente... él?

—Sí, señor —suspiró Forbes—. Es él. El Agente 2000...

—¡El Agente 2000! —aulló el jefe supremo de los servicios de Inteligencia de Su Majestad—. ¡Forbes, recuerde que expulsé a ese hombre por indisciplina, incumplimiento de sus obligaciones y un sinnúmero de cosas más... y que le ofrecí una posibilidad de

rehabilitación que él se negó en redondo a aceptar, presentando su dimisión irrevocable! ¡De eso hace ya más de un año, y nunca he sabido nada más de nuestro Agente 2000!

—Lamento todo eso, señor. Pero creo que tengo ciertas posibilidades de que él me escuche y recapacite sobre ciertas cosas, ahora que se enfriaron ya sus sentimientos de ira y de disgusto ante lo que consideró una injusticia.

—No fue una injusticia, sino una decisión disciplinaria inexorable.

—Pero usted mismo ha dicho que si él aceptase volver... no habría inconveniente, puesto que yo le considero el hombre idóneo para ciertas misiones...

—No sabía que hablaba del Agente 2000.

—Y ahora que lo sabe, ¿en qué varía su criterio, señor?

—No sería ético. No sé si es conveniente que vuelva. Y ni siquiera sé si querrá volver... ¿Cómo diablos puede usted evitar que se case hoy y regrese al servicio, tratándose de un hombre como él?

Duncan Forbes sonrió irónicamente. Y habló, tras un suspiro:

—Porque el Agente 2000, señor, va a casarse con una bella muchacha... que, casualmente, es mi propia hija...

* * *

Michael Murray había casi olvidado su anterior identidad de «Mike Magnum», escrita en la ficha personal y ultrasecreta del archivo del *Intelligence Service* británico, Departamento de Contraespionaje.

Volvía a ser solamente Michael Murray, o Mike Murray, como le llamaban sus amigos. Y también ella, Hazel.

Hazel, que dentro de pocos minutos, sería la señora Murray.

Hazel Forbes, la muchacha con quien iba a casarse en la Abadía de Westminster aquel mismo día. Estaba seguro de que ni ella misma estaba convencida aún de que tal hecho pudiera ser posible. Habían aplazado tantas veces esa ceremonia...

Y, finalmente, todo estaba decidido. Hacía un año, o más, que su otra vida estaba olvidada. Y archivada en el rincón de los recuerdos polvorientos, como un *dossier* más, de los que durante varios años pasaron por sus manos, con el sello rojo impreso en su cubierta:

«TOP SECRET»

Ahora. Mike Magnum, o el «Agente MM» (Agente 2000 para la ficha-clave del Código, dadas las dos iniciales en cifras romanas), había pasado a la historia. Era algo que se quedó definitivamente atrás. Para no volver ya nunca.

Era dueño de sí mismo. Y de su destino. Había sido difícil hacerse a la idea, olvidar lo que tanto le atraía, y formaba parte de su propia vida. Pero lo había conseguido, y estaba seguro de no arrepentirse de ello jamás.

Ahora, se iniciaba una nueva etapa en su vida: Hazel y él. Un futuro quizá radicalmente distinto. Más burgués, sin duda. Echaría de menos muchas cosas de su vida anterior. Emociones, riesgos, aventuras, incertidumbres...

Pero todo eso siempre tenía un fin. Nadie vive eternamente mezclado en problemas. Y, sobre todo, nadie se sobrepone siempre a todos ellos, conservando la vida en las más tremendas dificultades.

Michael había llegado a esa decisión, a esa convicción auténtica, después de muchas dudas y vacilaciones. Le costó decidirse. Y ahora, por fin, esa decisión tomaba forma.

Hazel había soportado mucho. Aplazamientos, dudas, incertidumbres... Ahora, obtendría el premio a su paciencia, a su fe, a su esperanza en que Mike fuese, por fin, un hombre como todos los demás, y no solamente un individuo escurridizo, enigmático y extraño, que en el momento más inoportuno era capaz de desaparecer, sin explicarle el por qué, sin darle razones convincentes de sus ausencias, y sin asegurarle nunca nada respecto a su mutuo porvenir.

Ella, después de todo, ignoró siempre cuál era su profesión. Y seguía ignorándola. Para Hazel, Michael era un joven deportista, caprichoso, aventurero e inquieto, mezclado siempre en oscuros negocios, lejos de su residencia habitual. Negocios y ausencias de las que rara vez hablaba, so pretexto de ocultar todo ello actividades de tipo mercantil muy especial, que requerían medidas de máxima prudencia y discreción.

Tal vez Hazel nunca se creyó todo eso: El hecho de que su padre fuese un funcionario del *Foreign Office*, aparentemente burocrático y vulgar, le impedía pensar en la posibilidad descabellada de que un espía fuese como los que presentaban el cine, la televisión o las

novelas de ficción. Su padre, después de todo, era la antítesis de todo eso.

Y lo que a ella le refería sobre su Departamento, por el doble motivo de no inquietarla y de no revelar la verdad desnuda de las actividades de su trabajo, era siempre de tipo rutinario, nada emocionante ni peligroso.

Además, ella nunca supo que Michael Murray fue un miembro del personal adscrito al Departamento de Duncan Forbes. Nunca tuvo la menor idea de su prometido y el hombre conocido en la clave de los super-espías británicos como «Agente 2000» o «Agente Especial MM», fuesen una misma persona. Posiblemente, ni en sueños se le hubiera ocurrido semejante posibilidad. Ni a ella, ni a cuantos tomaban a Michael Murray como un joven adinerado, caprichoso, mujeriego y trivial, todo superficialidad, incapaz de demostrar su ingenio en otra cosa que no fuesen bromas y chistes sociales, ni de probar su fuerza física y su habilidad en algo al margen del deporte como *hobby* y de los juegos y diversiones propias de los desocupados.

Ésa había sido, durante mucho tiempo, la gran habilidad de Michael Murray: desligar su personalidad social de la profesional. Hacer de sí mismo una perfecta división entre dos seres radicalmente distintos: el joven alegre, atractivo, viril e intrascendente, por un lado.

Y el hombre duro, decidido, implacable y violento, por otro. El muchacho simpático, sociable y divertido, de cara al exterior; el agente capacitado, frío, sobrio, incluso despiadado y brutal si exigían tal cosa las circunstancias, cuando actuaba interior, secretamente, al servicio de Su Majestad.

Duncan sabía todo eso. Para su futuro suegro, Michael era un yerno muy diferente al que todos presagiaban, incluida su propia hija entre ellos. Pero Duncan estaba enterado de que él nunca volvería al Servicio Secreto, después de ser despedido acremente por el todopoderoso R.

F. Un

simple problema de disciplina, había sido la causa. R. F. nunca supo que Michael faltó a esa disciplina para ayudar a alguien que le facilitó un oscuro triunfo a él, y un éxito decisivo a la Inteligencia británica. No había pruebas de ello, y Forbes no pudo exponer

defensa alguna para su agente. Además, Murray no quiso tampoco defenderse de las acusaciones surgidas, y optó por ser sacrificado. En el fondo, R. F. siempre se arrepintió de tal medida. Pero eso, sólo Duncan Forbes lo sabía. Y conociendo el modo de ser y de pensar del futuro esposo de su hija Hazel, jamás se lo manifestó a él. En esas condiciones llegaba la boda señalada para las doce de aquel día en Westminster Abbey.

Michael Murray acudía a la ceremonia sin prejuicio alguno. Decidido a olvidar definitivamente el pasado. A veces, tenía miedo de ser demasiado débil y añorar los tiempos heroicos de su oscura lucha anónima, en las filas del Contraespionaje británico, bajo las enigmáticas siglas «MM-Agente 2000», que correspondían a una ficha no menos misteriosa, extendida a nombre del ciudadano británico Mike Magnum, «sin más señas personales que las registradas en otra ficha ultrasecreta, dependiente directamente de la Sección Personal de Inteligencia Especial, de R. F.

Contra esa debilidad, lo mejor era unirse a Hazel. Una boda lo desharía todo. Definitiva y totalmente. Un hombre casado, no era admitido bajo pretexto alguno en las filas de los Agentes Especiales de la Inteligencia. Ni readmitido, por supuesto.

Eso evitaría que R. F., cayera en la debilidad de ceder, que Duncan Forbes pudiera cometer el error de interceder favorablemente... y que el propio Michael tuviera un momento de humano arrepentimiento, y solicitara un reingreso quizá aceptado sin demasiados obstáculos, a la vista de sus méritos anteriores, fríamente computados.

La boda resolvía muchas cosas. Y, además, Hazel era bonita. Muy bonita. Y él la amaba. El deseaba hacerla su esposa. Lo había deseado muchas veces. Sólo que... la vocación había superado sus sentimientos personales. Y la seguridad misma del Imperio Británico había sido antepuesta a un simple problema de sentimentalismo, de atracción mutua, física y espiritual a la vez.

Sí. Hazel había sido, a veces, el gran problema secreto del «Agente 2000». Un problema que ni siquiera Duncan Forbes o el omnímodo R. F. supieron intuir...

Pero todo eso, estaba a punto de terminarse para ambos. Michael Murray había tomado su decisión. Y la iba a mantener a mediodía, en la Abadía de Westminster, a los acordes de la inevitable Marcha

de Mendelssohn...

Si es que no ocurría un desastre, por supuesto.

Lo peor es que el desastre ocurrió.

* * *

—No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Muchacho, ¿crees que hablaría de otro modo en estos momentos... y justamente cuando falta media hora para el mediodía?

Mike estudió largamente a su visitante. Tenía en sus manos la chaqueta de gala para la ceremonia. Con una honda inspiración, la dejó a un lado. Se estiró un poco el chaleco blanco, sobre el pantalón rayado. De repente, parecía sentirse terriblemente en ridículo. Como si estuviera probándose un vulgar disfraz de una sastrería del Servicio Secreto británico.

—Forbes, usted es el padre y el padrino. La novia, es su propia hija. ¿Cómo quiere que me tome lo que acaba de decir? —murmuró al fin.

—Tómalo como quieras, pero es la pura realidad. He tenido que venir casi volando, desde el despacho de R.

F. En

estos momentos, él espera junto al teléfono privado; ya sabes, el de la línea 004 especial. Sólo aguarda una palabra mía: «sí» o «no». Eso será decisivo para él. Se verá obligado a nombrar a otro agente, si esto falla. Pero lo hará convencido de que se va a perder tiempo y, posibilidades.

—R. F. me despidió. No puede tener demasiada fe en mí —le recordó secamente Mike.

Duncan Forbes estudió a aquel hombre joven, alto, esbelto, de ojos grises y fríos, de cabello castaño oscuro, con algunos leves reflejos dorados naturales, de mentón firme y recta nariz, de boca apretada y dura, de figura elegante y elástica, de ademanes sobrios y fáciles.

Al final, meneó la cabeza con aire de reproche. Su voz sonó grave:

—R. F. es algo más que dos iniciales —dijo—. Es un ser humano, como tú o como yo.

—¿Un ser humano? Lo disimula muy bien.

—Está obligado a hacerlo. El Gobierno espera de él que sea una

computadora, Mike. Y las computadoras no tienen piernas, ojos ni cerebro. Sólo circuitos electrónicos. R. F., es duro, es hosco, es violento incluso. Es agresivo y exigente. Todos sabemos cómo es y lo aceptamos. Él sabe cómo es, y entiende que se excede en su tarea, pero eso obliga a más a cuantos trabajamos a sus órdenes. Es por el bien común, no por ponerse galones ni alardear de méritos ante nadie. Cuando todo va bien, el Gobierno dice que sus organismos están perfectamente montados. Cuando algo va mal, son los hombres y los cargos los que fallan. Ocurre siempre. En nuestro país y en cualquier otro, Mike. R. F. es humano. R. F. admite sus errores. Y le gusta que, por igual razón, los demás admitan los suyos.

—¿Le dijo él que me endilgara todo ese discurso, Forbes?

—Bien sabe Dios que no. Lo hago por mí mismo, muchacho.

—Ya. Y sabe que una respuesta afirmativa mía... daría al traste con la boda. Y que sería su hija quien quedara colgada al pie del altar...

—Exacto. ¿Te das cuenta, Mike? Si yo admito todo eso, siendo su padre... ¿qué más puedes exigirme?

—¿Le haría feliz que yo aceptara volver al Servicio de Inteligencia?

—No. No me haría feliz —suspiró Duncan Forbes, sombríamente—. Mi hija siempre sufriría esas consecuencias. Rompería contigo. Lloraría en casa. Quizá eligiera otro esposo, no puedo saberlo. Yo soportaría día a día sus diatribas contra ti. E incluso es posible que tuviera que apoyarla, poniéndote verde de arriba abajo. ¿Crees que eso sería agradable?

—No sé, Forbes —le miró, pensativo—. A veces, dudo que sea usted un ser humano...

—Haces bien en dudar —resopló el padre de Hazel, ceñudo—. Quizá no lo sea. Sólo me considero un funcionario, un número, un puñado de cifras en una computadora oficial. Pero todo eso forma parte de un sistema. Y el sistema, defiende algo sagrado: nuestro país, Mike. Por él, sacrifico lo que sea: mi vida, la felicidad de mi hija... Todo.

Hubo un profundo silencio. Mike bajó la cabeza. Paseó por la estancia, con la frente surcada de arrugas bajo su rebelde mechón de cabellos castaños.

—Está bien —dijo al fin, parándose en seco. Se volvió hacia Forbes—. Diga a R. F. que acepto.

—¿Qué? —Forbes pegó un brinco, sin dar crédito a sus oídos.

—Acepto —repitió Mike—. No iré a Westminster. No veré a Hazel. Le enviaré una nota. Le diré que me he ido al extranjero, adonde sea y con el pretexto ridículo que sea... Sólo espero que esto no la dañe demasiado...

—Y yo también, hijo mío —dijo amargamente Forbes, yendo hacia él y apoyando con fuerza una mano en su hombro—. Y yo también...

Los dos hombres se miraron. Había una humedad sospechosa en los ojos azules de Forbes.

Y una dureza acre en el gesto agresivo y hosco del hombre que, de repente, dejaba de ser Michael Murray, el joven y rico despreocupado, para volver a ser el «Agente 2000» del Servicio Secreto de Su majestad...

CAPÍTULO III

VICTIMA TRES» EN SUDAMÉRICA

La proyección zumbaba suavemente en la estancia en sombras. Sobre una pantalla amplia, de buena luminosidad, que ocupaba la totalidad del panel situado frente a ellos, se habían ido proyectando las imágenes fotográficas o filmadas que obraban en poder del Servicio Secreto británico.

Primero, habían sido escenas de la vida familiar de lord Kimberland. Y fotografías suyas de tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Incluso filmaciones defectuosas de entonces, mostrando actividades del aristócrata, cuando fue agente secreto de los Servicios de Inteligencia de Gran Bretaña, en el Continente europeo. Eran momentos en la lucha desesperada contra el nazismo. Y el perfecto dominio que del alemán y el austríaco poseía lord Kimberland, había sido muy útil al contraespionaje aliado, en aquellas fechas.

Posteriormente, reportajes suyos, publicados en Gran Bretaña, se mezclaban con documentales donde aparecía lord Kimberland como miembro de entidades benéficas internacionales, incluso en canjes de prisioneros y de heridos a través de la Cruz Roja Internacional y cosas semejantes...

Terminó la filmación. Hubo una pausa, con la pantalla en blanco, y luego apareció un texto escrito en el celuloide:

«REPORTAJE SOBRE LIONEL GOULD»

Una segunda crónica filmada y fotográfica, desfiló sobre la pantalla. Juegos de luces y sombras, en blanco y negro o color, casi siempre defectuosamente captado por la cámara, fue pasando ante los ojos del reducido público presente en la sala de proyección.

Esta vez, un hombre conocido en Europa por la persecución antisemita del Tercer Reich, pasó por aquellas pálidas imágenes proyectadas, sin otro sonido que el leve zumbido de la cámara. Lionel Gould, bioquímico británico, de raza judía, apareció en

imágenes obtenidas de documentos alemanes, lamentablemente hundido, enfermizo y fantasmal, víctima de los métodos feroces del nazismo, en su genocidio contra unos seres perseguidos por sus postulados políticos.

Gould apareció en diversas escenas tomadas en campos de concentración, y posteriormente en un hospital aliado, recuperándose de las vejaciones y torturas sufridas, para terminar con imágenes de su período de readaptación a una vida libre y sin sombras, ya lejano el fantasma siniestro de la contienda mundial. Luego, su voluntaria marcha a Israel, para colaborar científicamente con sus compatriotas de raza, en el nuevo Estado. E incluso algunos momentos en que su persona estuvo situada en problemas de tipo ideológico con respecto a algunos colegas suyos relacionados con los países árabes...

Todo eso parecía ya pura anécdota, sobre todo cuando se proyectaron filmaciones oficiales de Tel Aviv, con la presencia de su cadáver en la Zona de Experimentación Bioquímica, y los retratos-robots obtenidos a través de la policía israelí, respecto a los tres visitantes de aquella zona, posibles sospechosos del hecho criminal. Inmediatamente después, apareció en la pantalla una advertencia escrita a mano sobre un fotograma:

**«FOTO-ROBOT DE LOS TRES ASESINOS DEL CLUB DE HYDE
PARK».**

Se proyectó la imagen.

Como en la anterior, eran tres hombres. Los tres con cabello cortado a cepillo. Pelirrojos. Con gafas oscuras, de montura metálica, plateada. Los tres con algo común en sus manos: paraguas en Londres. Bastones en Tel Aviv.

La filmación terminó con aquella repetida foto-robot, tan similar a la obtenida por la policía israelí. Con la particularidad de que la última, aparecía marcada con la indicación: «New Scotland Yard-Londres».

Se apagó la pantalla. Cesó el sonido.

Hubo un silencio profundo en la reducida sala de exhibición. El encargado de la proyección recogió la bobina sin comentar nada. Alguien preguntó:

—¿Hacemos otro pase del film?

—No —negó Murray, sacudiendo la cabeza—. No hace falta.

R. F. se volvió a él. También Duncan Forbes, sentado atrás.

—¿Es suficiente para usted? —se interesó R. F.

Mike le miró fijo. Afirmó.

—Sí, es suficiente —convino.

—¿Alguna conclusión?

—Una, obvia. La de todos ustedes: los mismos asesinos actuaron en Londres y Tel Aviv.

—Evidente. ¿Algo más?

—Sí. No disimularon el hecho. Les importa poco ser identificados. A menos que todo eso sea un disfraz, una simple apariencia. Podrían no ser gemelos. Ni parecidos. Se puede obtener un falso parecido. Ponga a tres tipos diferentes, deles calzado con alzas, que iguale su estatura; tíñales de pelirrojos, corte su pelo en igual forma, deles idéntico atavío, y cualquier persona jurará que son mellizos.

—Conforme —aceptó R. F.—. ¿Alguna otra observación?

—No hay relación aparente entre ambos hombres. Pero lord Kimberland mencionó a un hombre que moriría en Tel Aviv. Y así ocurrió.

—Exacto, sí. También dijo otras cosas...

—No lo he olvidado. Si no deliraba, y si *sir* Patrick Holdman escuchó bien, se citó a Shangri-La. Y a un Manantial de Juventud... y a una «Dama».

—Eso es. ¿Le dice algo todo ello, Mike?

—Nada, en principio. Es incoherente. Pero puede ser un texto cifrado, una clave... ¿Han leído *Horizontes Perdidos*?

—Los expertos en códigos cifrados llevan ya dos días enteros desmenuzando el texto de Hilton, de cabo a rabo, en especial donde se habla del Monasterio y de la juventud de sus habitantes. También de todo lo relacionado con la palabra «dama», en su texto original.

—¿Resultados?

—Negativos. Ellos y las computadoras no han obtenido nada en absoluto.

Mike Murray reflexionó en silencio, la vista fija en la pantalla. De repente preguntó:

—¿Y la Segunda Guerra Mundial?

—¿Qué? —se interesó R. F., arrugando el ceño.

—La Guerra Mundial. Es el factor común a ambos: uno fue agente

especial nuestro. El otro, un judío perseguido y encarcelado. ¿Alguna relación más en ese preciso punto?

—Sólo uno —admitió R. F., pensativo—. Lord Kimberland se ocupó especialmente de salvar a eminentes semitas capturados y condenados por el Tercer Reich...

—Vaya, eso dice algo... —suspiró Mike, incorporándose con cierta excitación—. Por favor, hagan trabajar a las computadoras. Creo que ellas nos facilitarán la labor.

—¿Sobre qué datos?

—Sobre todo lo que haya de ambos hombres. Han de tener información especial de lord Kimberland en los archivos del Servicio Secreto, puesto que fue un colega nuestro. Utilícenla. Su historial completo, unido al de Gould. De todo ello puede salir algo, no sé el qué... Pero algo que está en alguna parte...

—Haremos eso. ¿Y si no resulta nada, Murray? —se interesó R. F.

—Entonces, veremos por dónde empezar. —Mike se frotó el mentón. Sus grises ojos brillaban como dos piezas de acero heridas por la luz—. Otra cosa: den las fotos-robot a la computadora. Las dos. Y revisen los archivos criminales. Utilicen todas las fichas posibles. Especialmente, todo lo relacionado con la II Guerra Mundial, con nazis y todo eso.

—Mike, de eso hace ya tantos años... —musitó tristemente Forbes, meneando la cabeza con aire escéptico—. ¿Qué puede encontrarse, al cabo de veinticinco años de terminada la Guerra Mundial, que sea ahora de interés? Toda la gente de entonces es demasiado vieja ya. El propio lord Kimberland tenía sesenta y nueve años. Y Lionel Gould, setenta recién cumplidos...

—Aun así, háganlo —sonrió Mike con sus labios, aunque sus ojos seguían serios—. Esos tres asesinos me intrigan. No sé por qué, me recuerdan algo vago, confuso, muy lejano... Quizá tan viejo y pasado como la propia guerra... pero ignoro lo que ello pueda ser... Por favor, hagan lo que digo. Lo máximo que puede sucedemos es que... no Obtengamos resultado positivo alguno. Y será cosa de volver a empezar, claro está...

* * *

—Volver a empezar... Es lo que más me irrita, Mike.

—¿Por qué, Forbes? ¿No hubo resultado?

—No, no hubo resultado. Positivo, quiero decir. La computadora proporcionó una serie de datos, claro está. Pero totalmente ineficaces. Absurdos, quiero decir.

—Démelos, de todos modos.

—Mike, no tienen sentido. Como dijimos entonces, eran todo cosas viejas. Demasiado viejas ya, para que signifiquen algo.

—Aun así, le he dicho que me gustaría saberlo todo. ¿Qué conclusiones proporcionó la computadora?

—Míralas, Mike. Están aquí... —Duncan Forbes le entregó un papel alargado, lleno de caracteres electrónicamente impresos. Su gesto no era precisamente optimista al hacerlo.

Mike Murray clavó en aquel papel perforado sus grises ojos. Comenzó a leer las conclusiones obtenidas a través del cerebro electrónico del *Intelligence Service*:

«Lord Kimberland intervino en liberación de presos judíos del Tercer Reich.

»Lionel Gould era un cautivo de los nazis en Auschwitz.

»EL doctor Kruger, médico nazi dedicado a experimentaciones criminales con prisioneros judíos, iba a utilizar a Gould como sujeto experimental.

»Lord Kimberland logró entregar a Kruger a los Servicios de Inteligencia aliados.

»EL doctor Horst Kruger se suicidó antes de ser procesado como criminal de guerra.

»Martín Hidalgo, argentino residente en Alemania durante el Tercer Reich, de familia judía, fue víctima de los experimentos del doctor Kruger. Y también su esposa Analía.

»Una hija de Martín Hidalgo, Irene, fue rescatada por lord Kimberland en los campos de prisioneros. Se expatrió de Alemania con Lionel Gould, que la tuvo a su lado hasta que parientes argentinos la reclamaron, en la posguerra.

»Fin de datos comunes a los nombres proporcionados.

»Datos sobre fotos-robot obtenidas en Londres y Tel Aviv, y referencias archivadas sobre posibles coincidencias personales:

»Sólo un caso positivo de coincidencia:

»Los hermanos mellizos Fritz, Luther y Gunther Bremner. Ejecutores de la Gestapo en los años 1941 a 1944. Desaparecidos en 1945. Se conocen actividades criminales suyas en Belsen y Auschwitz».

—¿Y dice que esto no es *positivo*? —jadeó, asombrado, Mike Murray.

—En absoluto, Mike —rechazó Forbes—. Ten en cuenta un factor importante: el tiempo.

—¿El tiempo?

—Son datos archivados el 1945. Hace veinticinco años de ello. Según eso, los hermanos Bremner tendrían ahora, conforme a los datos que obran en nuestros archivos, la friolera de sesenta y ocho años. Demasiados, para andar por ahí matando gente, con semejante agilidad y precisión, ¿no es cierto?

—La verdad... sí —admitió Mike, frunciendo el ceño. Luego, golpeó la hoja escrita electrónicamente—. ¿Y esa chica, Irene Hidalgo?...

—Bueno, ella tenía entonces solamente dos años... Eso quiere decir que ahora tendrá veintisiete... He pedido datos sobre Irene Hidalgo a las autoridades argentinas.

—¿Y...?

—Está en Buenos Aires actualmente. Trabaja en un centro de electrónica, precisamente. Parece que olvidó totalmente su terrible pasado, naciendo en un campo de prisioneros, de unos padres que fueron víctimas de la crueldad nazi...

—Forbes, este texto de la computadora me resulta extraño... Lord Kimberland tenía algo muy en común con Lionel Gould... Y ambos, con Irene Hidalgo, cuando era un crío de pañales... ¡Y todos ellos, posiblemente, con Fritz, Luther y Gunther Bremner, los tres mellizos asesinos, al servicio de la Gestapo!

—Tal vez. Pero ¿dónde hallar una relación auténtica, que justifique dos asesinatos?

Lord Kimberland mencionó Tel Aviv, es cierto. Pero Gould, que yo sepa, no dijo nada de nada...

—Mu rió solo, sin testigos inmediatos, recuerde... —le citó Mike Murray—. En un jardín de su centro de trabajo estatal, mientras paseaba... Tal vez de haber podido oírle alguien en su agonía, él hubiera citado...

—Citado... ¿a quién, Mike? —refunfuñó Forbes, escéptico.

—¡A Irene Hidalgo, en Buenos Aires! —aulló Mike de repente—. ¡Pronto, Forber! ¡Un pasaje en el vuelo inmediato a la República Argentina! ¡Antes de que sea demasiado tarde...!

* * *

—¿Todo a punto?

—Todo a punto, sí.

—Bien. Entonces, vamos allá. No podemos fallar. Ahora, menos que nunca.

—Menos que nunca, por supuesto. No fallaremos.

—Si no hemos fallado antes, en Londres y Tel Aviv, ¿por qué habríamos de fallar en Buenos Aires?? —preguntó el tercero, con una suave risita.

Los tres se miraron entre sí. Sus ojos eran casi invisibles a través de sus gafas oscuras, de montura metálica, color plata. El sol argentino hizo destellar su pelo rapado, del rojo de la panocha. Era un corte a cepillo, poco en consonancia con las modas actuales, pero a ellos parecía gustarles. Los tres iban igual.

Acababan de subir a la canoa motora que empezaba a deslizarse corriente arriba, hacia Nuevo Puerto, arrancando desde el Yatch Club Argentino, en la Avenida Madero.

La canoa dejó atrás el saliente portuario de la Avenida Costanera, y enfiló hacia la zona del Hospital Central de la Marina, rodeado de jardines, más tarde de las Aduanas.

Los tres hombres permanecían fríos y tranquilos en sus asientos de la aerodinámica y afilada canoa motora, color blanco y marrón, que hendía las aguas velozmente, como si su único objetivo fuese el deporte náutico.

Y en realidad, eso era lo que hubiese parecido a cualquier observador casual de sus maniobras.

Sus tres ocupantes vestían deportivamente, aunque llevaban consigo impermeables livianos, color amarillo limón, de materia plástica. A su lado, cada uno de ellos portaba un fusil de pesca submarina, color azul anodizado. Equipos de inmersión completaban su cargamento. Por supuesto, nadie hubiera imaginado otra cosa que una excursión de placer, para practicar deportes de submarinismo. Matar peces, parecía su objetivo único y primordial. No parecía posible en absoluto que su misión fuese matar personas.

Y, sin embargo...

—Es allá —dijo uno de los tres, tras escudriñar la distancia con unos potentes prismáticos, perfectamente graduados, y fijos en la costa norte del puerto bonaerense—. Un poco más al este que el edificio del hospital... Tras aquellos setos de la derecha... A cosa de media milla...

Pasó los binoculares a su vecino inmediato, tan parecido a él como una gota de agua a otra. Y, por supuesto, idéntico al tercer miembro de la canoa.

El segundo asintió, estudiando el paraje a través de los poderosos lentes del instrumento óptico.

—Ya lo veo —dijo—. Incluso puedo leer las letras, sobre la parte superior del edificio, en su azotea... Sí; dicen: «CENTRO ELECTRONICO ACME ARGENTINO».

—Es allí —asintió el tercero, manteniendo sus manos en el volante de la embarcación motora, la vista fija ante sí en el azul que hendía la proa de la ligera nave deportiva—. No podemos cometer errores. Ni el más leve.

—Claro. Nadie piensa en cometerlos —rió el primero, acariciando el fusil submarino—. El error nunca entra en nuestros cálculos, hermano.

Hubo un silencio a bordo. La canoa siguió avanzando, vertiginosa, hacia su objetivo.

Tres mensajeros de muerte se movían sobre las aguas bonaerenses. Frente a ellos, un tercer objetivo esperaba, después de Londres y Tel Aviv.

Una tercera persona iba a ser visitada por los ejecutores misteriosos, idénticos entre sí. La norma era no fallar, no cometer errores.

Ellos no parecían propicios a cometerlos. No hasta entonces, cuando menos.

Por tanto, las posibilidades de su tercera víctima, en Buenos Aires, no parecían ser demasiado favorables...

CAPÍTULO IV

ABSURDO

Mike contempló desde el helicóptero la vista general situada a sus pies.

Amplios jardines, los pabellones encristalados, los edificios grises, modernos y simétricos, en el centro del trazado de una zona rodeada de verjas y accesos...

—Descienda —pidió al piloto argentino que conducía su ligera nave aérea.

—¿Sobre la factoría, señor? —indagó el piloto.

—Sí, justamente sobre ella. Aquel edificio, el situado en el ala oeste... El más alargado... La azotea es muy amplia. Puede posarse en ella.

—No es un helipuerto, señor...

—No importa. La policía no pondrá objeciones, no tema. —Mike Murray utilizaba su mejor español para hablar con el piloto argentino—. Saben que trabajo en algo que afecta a la seguridad de un ciudadano argentino. No se preocupe por nada. Si algo sale mal, envíe un mensaje al comandante Maldonado, de la policía de Buenos Aires. Él se ocupa del asunto.

—Sí, señor. Haremos lo que pide. No es ningún problema posamos en ese edificio...

El helicóptero descendió, planeando sobre la factoría de la Acme Argentina de electrónica. Perdió altura rápidamente, con un suave zumbido que, dentro de la cabina de vidrio, era realmente ensordecedor.

Mike preparó su material adecuado: un rifle potente, provisto de mira telescópica. Y una pistola «Walter PP/K». El rifle era un «Winchester 308 International», adecuado para competiciones mundiales de tiro. Un arma poderosa y eficaz, cien por cien.

Todo dependería de la forma de actuar que forzaran los enemigos. Cualquiera de ambas armas era demoledora, a larga o corta distancia, según los casos. La «Walter», más por prudencia que por

otra cosa, iba provista de un largo tubo silenciador de negro acero pavonado. Pero algo le decía a Mike, convertido de nuevo en «Agente 2000» del Servicio Secreto británico, que la contienda no iba a tener nada de silenciosa, si todo sucedía como él esperaba.

El helicóptero sobrevoló los jardines de la ribera marítima, antes de inclinarse con fácil maniobra sobre los edificios grises de la factoría electrónica. La aguda mirada de Mike observó la presencia de una canoa motora de deporte, varada en el muelle, no lejos de uno de los accesos al recinto industrial.

No vio a nadie en ella. Pero su mirada, cuando obtuvo la ayuda de unos potentísimos binoculares, descubrió algo significativo a bordo: tres sobretodos o impermeables amarillos, de plástico. Tres piezas para eludir las salpicaduras violentas del agua, cuando la canoa se lanzaba a gran velocidad...

Tres personas. Tres hombres. Una canoa...

La mente de Mike trabajó rápida, fija su mirada en los senderos de asfalto que, allá abajo, conducían a la factoría, por entre vallas y setos, césped y claros...

—¡De prisa! —apremió al piloto—. ¡Descienda rápido, por favor!

El liviano vehículo del aire tomó suavemente terreno firme en la azotea del alargado edificio occidental del complejo de la industria electrónica bonaerense. Rápido, rifle en mano y revólver en la cintura, Mike Murray brincó al exterior, corriendo agazapado, sin importarle que el giro helicoidal de las hélices, le agitara los cabellos y las ropas violentamente.

Había descubierto ya desde el aire uno de los accesos que, desde la azotea, conducían al interior del edificio. Y, siempre agazapado, pero con una velocidad endiablada en sus largas, elásticas piernas, avanzó hacia la puerta en cuestión, que empujó violentamente, penetrando en una escalera angosta, que describía giros en torno a un juego de ascensores en funcionamiento. Mike Murray temía llegar tarde. Su estudio previo de los planos de aquel recinto, de sus edificios, exterior e, interiormente vistos, de sus instalaciones, de la posición habitual de sus equipos de trabajadores, esperaba que le sirvieran de algo en la tremenda experiencia actual.

Sobre todo, la posición de una empleada, de una trabajadora llamada Irene Hidalgo...

Ella ocupaba un puesto en la octava planta. En la sección de

montaje de circuitos impresos y control de los mismos...

Irene Hidalgo era la encargada de la sección, y recorría las mesas de montaje con intervalos de media hora. Era la información recibida de Acme. Se había renunciado a pedir medidas especiales de seguridad, o de protección a la aludida. Ello podía ser negativo, ya que sería advertido por los posibles agresores, haciéndoles desistir de ello, en espera de mejor ocasión en cualquier otro lugar y momento.

Lo que querían Mike y el *Intelligence Service*, es que el peligro, con toda su tremenda significación, se hiciera evidente, real. Y entonces, combatirlo. Era la única forma de salvar la vida de Irene Hidalgo, protegiéndola del atentado previsible.

Hasta entonces, todo era pura teoría, deducción, simple especulación sobre unos datos computados, que sólo Mike había creído interpretar. Ahora, en este momento, él sabía que todo era cierto. No estuvo en un error. La canoa, los tres impermeables amarillos... eran la mejor prueba de ello.

Ahora, tres asesinos andaban muy cerca de Irene Hidalgo. Iguales entre sí como tres gotas de agua. Acaso mellizos. Con muchas cosas en común: entre ellas, la idea de matar...

Mike alcanzó la planta octava. No utilizó el ascensor.

Abandonó la escalera desierta, y salió a un amplio corredor encristalado, luminoso, que asomaba a la ribera, a las aguas y al sol bonaerenses...

Allá al fondo, tras otra serie de grandes vidrieras, docenas y docenas de empleados con el uniforme azul celeste de la empresa, se alineaban en largas mesas de montaje de sistemas electrónicos. Junto a ellos, material adecuado esperaba su utilización.

Y entre todos ellos, una sola figura femenina, de cabellos claros, dorados al sol de la capital platense, con uniforme de diferente color, luminosamente blanco, controlaba el trabajo, de mesa en mesa, de operario en operario...

Era un buen blanco su alta y esbelta figura de mujer. Un perfecto blanco, recortándose contra las vidrieras y el sol centelleante del mediodía...

Mike miró en torno. Deambulaba gente por el amplísimo corredor de muros grises, imitando mármol. Salían y entraban empleados en los ascensores de gran capacidad...

No vio ni rastro de los tres hombres pelirrojos. Ni de ningún otro peligro latente que pudiera amenazar a aquella muchacha cuya descripción exacta figuraba ya entre su información personal.

—¿Tal vez me equivoqué? —musitó, perplejo—. ¿Aun con esa canoa allá afuera...?

Dudó. Su rifle «Winchester 308 International», permanecía aún oculto a la posible curiosidad ajena, dentro de su estuche, aparentemente destinado a llevar material electrónico, según rezaba en su exterior. Era una maleta voluminosa, con una famosa marca de manufacturas de electrónica, visible en su cara lateral.

Pensó en hacer algo que le sirviera para perder tiempo, esperando cualquier posible contingencia de buena posición. No hizo falta que concluyera sus esfuerzos mentales.

Uno de los amplios aseos: oyes se abrió de súbito. Tres hombres aparecieron en su puerta.

Eran tres hombres altos, enjutos y muy parecidos entre sí. Pelirrojos, con el cabello cortado a cepillo. Con uniforme de empleados de la empresa, y distintivo de la Acme Argentina Electrónica, sobre su pecho.

Los tres llevaban consigo unas bolsas azules, con el distintivo de la empresa. Pero apenas salieron del ascensor y enfilaron la presencia de la joven rubia entre las mesas de trabajo, dejaron caer las bolsas al suelo, ante el umbral del ascensor.

Uno de ellos detuvo las puertas, impidiendo que se cerrasen. Los otros dos, extrajeron de las bolsas, con una celeridad fantástica, sendas armas especiales.

Dos fusiles submarinos, para pesca de inmersión, pero singularmente cortos de cañón y de culata, emergieron en sus manos. Las armas apuntaron a las vidrieras, ante la expresión curiosa y desconcertada de unos cuantos trabajadores presentes en el corredor, que no dieron gran trascendencia a la broma aparente, puesto que ningún fusil submarino podía dañar a nadie a través de grandes vidrieras, gruesas y resistentes.

Mike pensaba de modo muy distinto...

—¡Fuera! —rugió, dirigiéndose a la gente que circulaba por el corredor.

Y, soltando rápido su pesada maleta conteniendo el rifle de gran potencia, recurrió al arma idónea para aquel momento:

La pistola automática «Walther PP/K», calibre 44, que saltó entre sus dedos como si estuviera dotada de vida propia...

Uno de los hombres de rojos cabellos, pese a todo, disparó su rifle submarino sobre las vidrieras.

Alguien gritó. Como advertida por ello, la dama de cabello claro giró su cabeza, mirando con repentino terror hacia ellos, y moviéndose a un lado de modo instintivo. Aun así, los vidrios estallaron, pulverizándose tras el ahogado «zummmmbbo» del arma submarina, cuando ésta vomitó una extraña, ahogada carga, que taladró las vidrieras, abriendo boquete en ellas, y llegando hasta la víctima elegida, que gritó agudamente, cayendo de bruces sobre una de las mesas, entre chispazos de un circuito electrónico en montaje, bien visible sobre su blanco uniforme el rojo virulento de la sangre...

Mike se maldijo entre dientes por haber fracasado en su intento. Aquellos asesinos eran demasiado rápidos incluso para él. Auténticos y perfectos ejecutores, criminales de gran precisión y rapidez de reflejos. Casi máquinas de matar...

Pese a ello, el «Agente 2000» del Servicio Secreto británico, logró manipular su poderosa «Walther». El arma emitió un doble estallido sordo, ahogado. Dos taponazos ásperos, violentos. Dos llamaradas brotaron de su alargado cañón pavonado.

Los dos pelirrojos del corredor, recularon, con gesto de enorme horror. Sus ojos se dilataron tras las gafas de montura metálica. Uno de ellos tosió, doblándose, y sus lentes escaparon, rodando por el suelo.

El tercero, veloz, cerró las puertas del ascensor, y éste comenzó a descender, vertiginoso.

Mike intentó lanzarse en pos de él. Pero el segundo de los asesinos heridos, no estaba muerto aún, en medio de la caótica confusión repentina de aquel Corredor sacudido por la violencia.

Se revolvió, con un jadeo ronco, y disparó su arma sobre Mike.

El agente especial inglés salvó su cuerpo del impacto por simple milagro; Una carga zumbó, silbante, sin estampido apenas, al brotar del azul cañón de la supuesta arma subacuática.

Mike se arrojó de bruces, con una celeridad de reflejos impresionante, y la carga disparada silbó sobre su cuerpo, casi rozándole los cabellos. Sintió en éstos un contacto candente... y al

girar los ojos hacia el muro, comprobó, horrorizado, que éste humeaba, con un atroz boquete circular, como producido por un obús pequeño, pero cuya circunferencia despedía un vapor acre, amarillento, propio de un arma corrosiva de gran potencia.

Como el arma era aún un peligro cierto, en manos del asesino malherido, Mike no tuvo más remedio que apretar nuevamente el gatillo, desde el suelo del corredor.

Esta vez, la cabeza pelirroja fue alcanzada de lleno por la bala calibre 44. El resultado no fue en absoluto agradable, pero no había otra solución.

El segundo de los ejecutores pelirrojos, había muerto en el acto. Su cadáver rodó al lado del anterior, quedando inmóvil.

Pero el ascensor, abajo, había sido detenido ya en la planta inferior. Mike juró entre dientes, corriendo por las escaleras, para darle caza al fugitivo.

—¡Socorran a la chica, a Irene Hidalgo! —aulló, revolviéndose hacia los demás testigos de la escena, sin dejar de correr escaleras abajo—. ¡Está herida! ¡Ocúpense de ella!...

Al ver correr a algunos en auxilio de la muchacha, se sintió mejor. Su carrera continuó, implacable. Pero cuando llegó abajo, se encontró con dos cuerpos sin vida. En sus uniformes azules, el humo amarillento del arma corrosiva, era la señal de la muerte. Gentes horrorizadas rodeaban a las víctimas...

—¿Por dónde escapó? —rugió Mike, enfrentándose a los empleados de la empresa que vio en torno suyo.

—¿El asesino pelirrojo? —Uno de los presentes señaló hacia la salida de grandes vidrieras—. Huyó hacia allá, señor...

Mike salió al exterior. El suelo era de asfalto y no había posibilidad de descubrir huellas en él. En torno, setos y arbustos formaban refugios ideales para ocultarse. Y más allá, las vallas ofrecían una posible evasión al asesino.

—¡El helicóptero! —masculó—. Será preciso recurrir a él...

Regresó en un ascensor, hasta la terraza. Saltó al helicóptero, pidiendo al piloto argentino que condujese revisando minuciosamente en Torno del edificio. Simultáneamente, emitió un mensaje radiado a las patrullas costeras y fluviales, así como a los patrulleros urbanos.

Pero del tercer pelirrojo, no localizaron el menor rastro desde

arriba. Ciertamente, no regresó a la canoa motora abandonada. Era demasiado listo para cometer ese error, sin duda alguna.

Mike regresó a la octava planta, donde continuaba la confusión. Una camilla era conducida presurosamente, con un cuerpo inmóvil, oculto por una sábana. Detuvo a un empleado, informándose, angustiado:

—¿Es ella, Irene Hidalgo?...

—La señorita Hidalgo, sí —afirmó gravemente el empleado—. La llevan al hospital...

—¿Vive?

—Vive, pero está grave. La hirieron en un costado... Parece que la bala abrasó sus ropas, quemó su piel en torno a la herida... Es un milagro que sobreviva, señor...

—Sí, era un proyectil corrosivo. No sé su naturaleza, pero corrosivo en alto grado... —Miró a los dos asesinos muertos—. Dios quiera que salga con vida. Al menos, esto no habrá sido un fracaso completo...

* * *

—No, Mike. No tiene sentido...

Mike estudió a Duncan Forbes, recién llegado en el último vuelo de las Aerolíneas Argentinas a la capital de La Plata. Era el que había formulado la frase.

—¿Por qué no tiene sentido? —se interesó.

—Porque es ilógico por completo. Los datos obtenidos... carecen de toda lógica. Son, simplemente, un gran absurdo.

—¿Qué clase de absurdo? —puntualizó Mike, ceñudo.

Forbes no respondió. Se limitaba a pasear por la amplia oficina bien amueblada, con vistas a la Avenida Belgrado, no lejos de la Estación Central de Policía, de Buenos Aires. Fue la joven acompañante de ambos agentes británicos, aquella eficiente pelirroja de gesto grave y solemne, quien se expresó en nombre del viajero recién llegado de más allá del Atlántico:

—Sin duda se refiere a los datos que acaba de devolvemos Londres, con relación a las huellas dactilares de los dos hombres muertos en el corredor de la Acme Electrónica...

Murray giró la cabeza. Miró con ojos inquisitivos la bien formada

figura de la pelirroja Virginia McCurran, funcionaria de aquel pretendido Consorcio Internacional de Mercaderías Británicas, sito en la céntrica zona bonaerense. En realidad, el Consorcio era la pantalla oficial de su agencia de contraespionaje en Buenos Aires. Y Virginia McCurran, en vez de una secretaria rutinaria de una agencia comercial, un eficaz agente británico en el extranjero, especializada en temas sudamericanos.

—Sé que se enviaron esas huellas por telefoto a Londres, hace apenas treinta minutos —admitió el «Agente 2000»—. ¿Cuál ha sido la respuesta de Londres, señorita McCurran?

La pelirroja sonrió con sus bien dibujados labios carnosos, pero no con sus ojos celestes. Explicó, escueta:

—Sencillamente: eran las huellas de dos hombres llamados Fritz y Luther Bremner.

—Bueno, eso no deja de coincidir con lo que informó la computadora —dijo Mike, enarcando las cejas—. ¿Qué otra cosa esperaban?

—Cualquiera, menos ésa —refunfuñó de mala gana Forbes, volviéndose a él.

—¿Y por qué motivo?

—Porque los hermanos Bremner tendrían ahora la friolera de sesenta y ocho años cumplidos. Las víctimas tuyas en la Acme, Mike, no pueden tener más de treinta y cinco años, según dictamen médico. ¿Qué opinas de eso, muchacho?

—¿No hay posible error en esas huellas obtenidas de los cadáveres?

—Ni el más mínimo. No existe huella igual a otra, tú lo sabes. Aunque esos tipos fueran hijos de los gemelos dichosos, cosa que no es cierta, porque nunca tuvieron hijos. Y el archivo del Servicio de Inteligencia no comete errores. Tenemos la telefoto de las huellas de Fritz y Luther Bremner. No hay la menor duda: son las mismas. Juzga tú, por favor...

Hizo un gesto cansado a Virginia. La pelirroja abrió una carpeta verde oscura, y tendió a Mike dos copias fotográficas recibidas por radio.

Eran ampliaciones idénticas. Huellas dactilares de diez dedos. Se leía en cada una:

HUELLAS NECRODIGITALES DE LOS HOMBRES

MUERTOS EN BUENOS AIRES (MANO DERECHA).
HUELLAS DE FRITZ Y LUTHER BREMNER (MANO
DERECHA). OBTENIDAS EN 1945, EN ALEMANIA.
RESULTADO DE COMPARACION: TOTALMENTE
POSITIVO.

—Vaya... —resopló Mike, perplejo—. Absurdo, Forbes, como usted dijo... Señorita McCurran, ¿qué piensa usted?

—Absurdo —dijo ella, con una fría sonrisa, encogiéndose de hombros—. No hay otra palabra. Tengo el informe clínico aquí. Falta la autopsia, por supuesto. Pero los forenses argentinos están totalmente de acuerdo: los dos hermanos no tienen más de treinta y cinco a treinta y ocho años cada uno, juzgando por su físico, su cuerpo y su grado de vitalidad. Un gerontólogo ha sido requerido, por si se tratara de un raro fenómeno de juventud anormal. Esperamos los resultados de ese examen técnico.

—Juventud anormal... —Mike arrugó el ceño—. ¡Un momento! Forbes, ¿recuerda lo que dijo lord Kimberland en Londres, antes de morir? Citó a Shangri-La... y al Manantial de Juventud...

—Quizá olvidó nombrar también a Blancanieves y los enanitos —resopló Forbes, malhumorado—. ¿Cree que eso puede tener la menor relación con nuestro problema?

—Pues la verdad, no lo sé... pero valdría la pena averiguarlo —reflexionó Mike en silencio. Luego, cambió radicalmente de tema—: ¿Cómo está la chica?

—¿Irene Hidalgo? —Virginia hizo un gesto indeciso—. Sigue hospitalizada. Su herida es seria, pero parece ser que no pelagra su vida. Si hubiera recibido otro impacto, no habría remedio posible. Además, la bala debió obstruirse en algún hueso, al penetrar, y no estalló. Son cargas explosivas, según comprobaron los expertos en el corredor.

—¿Parecidas a las
dum-dum

? —Mike recordó lo relativo a las muertes violentas de lord Kimberland y Lionel Gould, en Londres y Tel Aviv, respectivamente.

—Algo parecido, pero mucho más moderno, por supuesto. Balas de carga corrosiva que, al estallar en la herida, dispersan el ácido

candente por los tejidos, causando la muerte inexorable. Sí; Irene Hidalgo tuvo una suerte increíble, al no reventar su proyectil en el cuerpo... Los médicos creen que saldrá con vida de esto, si no surgen complicaciones.

—Menos mal... —respondió Mike—. Me gustará hablar con ella cuando esté recuperada lo suficiente. Quizá tenga algo que decirnos...

—¿Algo que decirnos? —Forbes miró a Virginia—. Háblele de eso a Mike, por favor.

—¿Hay algo más? —se extrañó Murray, volviendo a clavar sus ojos curiosos en la atractiva agente inglesa desplazada a Buenos Aires.

—Sí —suspiró ella—. Irene Hidalgo ha hablado en su delirio febril, pese, a todo, estando aún inconsciente. Ha dicho cosas incongruentes pero relacionadas en cierto modo con todo esto.

—¿Qué cosas? —Trató de apremiarla Mike.

—Bueno, citó a lord Kimberland y a Lionel Gould... Dijo que temía algo parecido... Que estaba también sentenciada por la Svástica.

—¿*Svástica*? —Mike se irguió—. ¿Eso dijo?

—Eso dijo, sí. Añadió algo más, que no pudo nadie entender.

—¿Qué fue ello?

—Dijo, antes de perder de nuevo el conocimiento: «Pobre de él ahora... ¡Pobre “Rostro de Oro”!...».

—¿«Rostro de Oro»? —repitió Mike Murray—. Forbes, ¿qué puede significar eso?

—No lo sé —confesó sin rodeos su superior—. Voy a pedir datos a Londres, por si ellos saben algo. Pero que me ahorquen ahora mismo, si tengo la menor idea de lo que pueda significar eso de... «Rostro de Oro»...

CAPÍTULO V

UNA MASCARA DE ORO PURO

El doctor Navarro sonrió apaciblemente, quitándose con lentitud la bata blanca, al tiempo que se volvía hacia Mike Murray con calma.

—No debe temer nada, señor Murray —dijo—. Ella está bien. Descansa bajo la acción de sedantes. La herida lleva un curso favorable, y ella reacciona positivamente. No creo que sea aventurado afirmar que mañana pueda usted entrevistarla unos momentos, aunque sea por poco tiempo, ya que le autoriza a ello la policía de mi país. Desde luego, bajo mi control riguroso, y sin exceder de los minutos que le conceda, ni de las instrucciones que yo le dé.

—Puede estar seguro de que así será, doctor —afirmó Mike, sereno.

—Por otro lado, le aseguro que todo se lo debemos a la fortuna que sonrió, dentro de la desgracia, a esa infortunada joven. De no haberse producido el milagro de que el proyectil hiciera impacto, sin reventar una vez dentro de la herida, ella no estaría viva ahora. La bala, según informe pericial, es de tipo autoexplosivo, y lleva en su interior una sustancia química, corrosiva, realmente mortal, si llega a extenderse por los tejidos. Ese hecho, y su intervención en el caso, evitando que hubiera nuevos disparos sobre ella, salvaron su vida de modo definitivo.

—Cuando menos, no fracasé por completo —manifestó Mike, ceñudo. Estrechó la mano del médico—. Gracias, doctor. Volveré mañana a ver a la paciente. Supongo que habrán adoptado toda clase de medidas de seguridad, ya que uno de los asesinos sigue en libertad y no ha podido ser localizado.

—No tema, señor Murray. El oficial de policía me ha informado de que agentes especiales vigilan los accesos al hospital y, sobre todo, a la planta y habitación que ocupa mi paciente. No hay nada que temer. Nadie que no se identifique previamente, pasa el control policial. Y, desde luego, nadie, salvo médicos y enfermeras debidamente acreditados, pasan el umbral de su puerta, donde un

agente monta guardia permanente. Aunque esa joven fuese nacionalizada inglesa al acabar la guerra, actualmente es ciudadana argentina, y mi país vela siempre por la seguridad de sus ciudadanos en la medida de lo posible.

Mike abandonó el hospital más tranquilo. Poco después, entraba de nuevo en la oficina del Consorcio de Mercancías Inglesas. Virginia McCurran, tan pelirroja y tan atractiva como siempre, le esperaba con noticias de última hora.

—Me alegra que venga. Ha telefonado el señor Forbes —le informó ella—. Está con el forense y el gerontólogo especial designado para este caso, en la autopsia de los hermanos Bremner.

—¿Ocurre algo especial? —indagó Mike, inclinándose sobre la mesa en que ella trabajaba.

Virginia cruzó sus piernas. Como la falda que lucía era tan corta, pudo admirar la perfecta línea de sus muslos bien torneados, al tiempo que escuchaba la más sorprendente e increíble información que podía esperar:

—En el momento de iniciar la autopsia de los cadáveres de esos dos asesinos, señor Murray... el gerontólogo ha afirmado que se produjo en los muertos un cambio increíble, que no puede explicarse clínicamente.

—¿Un... *cambio*? —Mike la contempló con aprensión—. ¿Qué clase de cambio, señorita McCurran?

—Un cambio que... que ha permitido advertir al gerontólogo, y también al forense de Buenos Aires, el más extraño fenómeno imaginable: en estos momentos, y contra lo que pudieron certificar anteriormente... esos dos cadáveres son los de dos hombres cuya edad podría cifrarse, exactamente, entre los sesenta y cinco y setenta años.

* * *

El noticiario televisado estaba terminando.

Los reportajes curiosos o simplemente anecdóticos, con la actualidad mundial, desfilaban en su última parte por la pantalla cromática del canal en color.

El comentarista habló trivialmente, sobre imágenes filmadas en la capital platense:

—... Y vean ustedes ahora, en un reportaje transmitido desde Buenos Aires para la CBS, y ofrecido a nuestros espectadores por los servicios de Eurovisión, un momento del desfile militar en la Avenida Corrientes. Numerosos turistas y visitantes de la capital de la República Argentina, contemplan las evoluciones de las Fuerzas Armadas, mientras los helicópteros semejan en el limpio cielo azul argentino multicolores insectos de brillante apariencia.

Todo en el reportaje era perfectamente vulgar, e incluso trivial. Su inclusión en el reportaje filmado, quizá se debía al bello colorido que ofrecían las imágenes, y nada más.

De repente, el interés de la telespectadora se despertó de modo brusco, casi con un sobresalto. Sus ojos se dilataron, clavados en la pantalla del receptor.

—¡Mike! —exclamó con voz quebrada—. ¡Oh, no!...

Por un instante, la cámara del reportero había pasado por delante de unos edificios públicos, modernos, donde ondeaba la bandera argentina. Y por la amplia acera de una avenida bonaerense, de modo fugaz pero nítido, fue visible un hombre alto, joven, deportivo, de aire despreocupado, de rostro bronceado por la práctica de deportes al aire libre, llevando junto a sí una hermosa muchacha pelirroja, de figura esbelta y curvas llamativas.

Ambos entraron en un edificio, cerrándose tras ellos una vidriera. La cámara pasó de largo, hasta detenerse en un encuadre ya estudiado, sobre una serie de banderas argentinas, británicas y estadounidenses.

Era un edificio internacional, destinado a alguna utilidad que a la telespectadora londinense se le escapaba por completo. Pero que le tenía también perfectamente sin cuidado. Lo único cierto e indiscutible es que, de modo rápido pero preciso, el oportunismo casual de un reportero de la televisión argentina, había captado, quizá con teleobjetivo, la presencia de aquel hombre en las calles de Buenos Aires.

Y aquel hombre era Mike Murray, sin la menor duda posible.

Hazel Forbes estuvo inmediatamente segura de ello, sin una sola vacilación. Era Mike.

No podía ser otra persona.

Mike Murray, su prometido. El hombre con quien tenía que haberse casado días atrás. Su prometido. El hombre que, una vez más, había

roto la boda. En esta ocasión, esperando a los últimos instantes.

Su excusa había sido sospechosa desde un principio: se ausentaba por un grave motivo familiar, de índole muy reservada, que le impedía continuar en Inglaterra. Ya sabría ella de él en breve, si es que no decidía romper definitivamente las relaciones.

Hazel había encajado el golpe serenamente. Incluso demasiado serenamente. Nadie advirtió el impacto. El funcionario del Gobierno de Su Majestad, había sentido rebasar sobradamente el vaso de su paciencia, y que estaba decidida no sólo a romper con Mike de un modo rotundo, total y definitivo, sino incluso violento, si era preciso.

Sólo que, para ello, prefería esperar a más adelante. A un momento oportuno; cuando tuviese alguna prueba capaz de servirle de contundente arma contra el hombre capaz de burlarla tan despiadadamente en el momento menos oportuno, cuando mayor podía ser la herida moral en una mujer.

Y ahora, de repente, la ocasión de semejante posibilidad se presentaba de súbito ante sus ojos... ¡en un simple reportaje televisado de actualidad!

Mike en Buenos Aires... con una hermosa pelirroja de aire frívolo e indudable atractivo. A muchas millas de distancia, al otro lado del Atlántico... ¿haciendo qué? Sin duda, una escapada romántica con una dama. Una aventura.

La ira dominó a Hazel. Pero se contuvo, tratando de ser ella quien dominase sus impulsos. Lo logró, paulatinamente.

Se irguió. Lamentaba que su padre estuviera ausente, en algún lugar de Inglaterra, como era costumbre en él muchas veces, llevado por sus tareas en un departamento oficial del Gobierno, nunca demasiado definido, como ocurre siempre con la burocracia estatal. No sabía dónde hallarle. Pero sí sabía *dónde* hallar a Mike. El reportaje databa de mucho menos de doce horas atrás, habida cuenta de su contenido. Debía haber sido transmitido vía satélite.

Descolgó el teléfono. Marcó un número. Esperó, pacientemente, dominando su nerviosismo del mejor modo posible, dadas las circunstancias. El cigarrillo se consumía en sus dedos, fumando con premura.

—¿Agencia de viajes London International? —pidió—. Aquí Hazel Forbes. Deseo un pasaje de avión para el próximo vuelo a Buenos

Aires. Sí, no importa la compañía. Lo que cuenta es el horario. El próximo vuelo, exactamente...

Asintió a lo que le decían desde la oficina de la agencia de viajes. Aplastó el cigarrillo en un cenicero. Una luz excitada brilló en sus pupilas, a medida que se informaba de los detalles sobre aquel vuelo inmediato.

Hazel presentía que había llegado su hora. Su padre iba a llevarse una sorpresa muy en breve. Pero, sobre todo, también Mike Murray...

* * *

—¿Están completamente seguros?

El gerontólogo miró a Murray con expresión pensativa. Parecía desorientado como él mismo. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza, paseando por la estancia de fría luz blanca.

—Por supuesto —convino—. Se ha producido una metamorfosis completa.

—¿En ambos cadáveres?

—En ambos cadáveres —confirmó el médico—. Son los cuerpos de dos hombres de edad avanzada.

—¿Y no lo eran cuando ingresaron en este depósito? —dudó Mike, dejando resbalar su mirada por las frías paredes asépticas del depósito forense en Buenos Aires.

—No, no lo eran —negó rotundamente el gerontólogo—. En eso, el ilustre colega forense y yo, estamos totalmente de acuerdo, señor.

—Por completo —afirmó, ceñudo, el aludido.

Los dos médicos argentinos, obviamente, eran especialistas prácticos en su profesión. No mostraban la menor duda sobre algo que ellos mismos no entendían bien.

Duncan Forbes, presente en la reunión, se limitaba a clavar sus ojos en las dos formas que, cubiertas por blancas sábanas, se alineaban bajo un foco de luz cruda y vertical, al otro lado de la vidriera que les separaba.

—No ha sido una metamorfosis espectacular —señaló el forense tras un silencio—. Por el contrario, en apariencia los cadáveres son idénticos a cómo eran anteriormente. Son sus tejidos los que aparecen diferentes. Su epidermis, sus manos... e incluso su cabello.

Ya no corresponden a hombres de nuestra edad, sino a auténticos ancianos. Clínicamente, es inexplicable.

—Sin embargo, la magia no existe en ciertas cosas, caballeros —señaló fríamente Mike—. ¿Qué explicación lógica tendría para ustedes un hecho así?

—Por desgracia... ninguna —suspiró el gerontólogo—. Nadie rejuvenece o envejece con semejante celeridad, que yo sepa. Y precisamente me ocupo de la medicina y del tratamiento de las personas de edad avanzada.

—¡Un momento, doctor! —saltó vivamente Mike Murray—. Ha nombrado usted... ha nombrado usted algo curioso...

—¿Yo? ¿El qué? —se extrañó el gerontólogo argentino.

—El hecho de que nadie rejuvenece o envejece de repente... Eso parece obvio, pero se ha oído hablar de experimentos, en Estados Unidos y en la Unión Soviética, especialmente, encaminados a prolongar la vida humana, y por tanto la juventud misma.

—Son sólo experimentos. Intentos en proyecto, muy en embrión hasta hoy —rechazó con escepticismo el gerontólogo—. Nada real ni tangible, créame.

—Supóngase que *sí* hubiera algo real y tangible. Una prueba efectiva. Algo capaz de *rejuvenecer* por un cierto tiempo a las personas. O algo capaz de dar auténtica apariencia de juventud, por ser más exactos, a una persona de edad. Pero que luego, la muerte vuelve las cosas a su sitio, revelando la anomalía en un cuerpo sin vida.

—Está hablando en hipótesis, señor. Y sobre un tema que la Medicina actual todavía no ha sancionado en ningún sentido.

—Tampoco han podido sancionar ustedes el caso que nos ocupa —contraatacó Mike con energía—. Si existiera ese procedimiento, siquiera fuese en sus inicios, y hubiera sido secretamente experimentado por «alguien», sobre unas personas de casi setenta años de edad, logrando darles la apariencia física de hombres de treinta y tantos años... ¿sería posible que el estado *post-mortem* devolviera a esos cuerpos su apariencia real, la que tenían antes del tratamiento?

—Hablando en pura especulación, señor Murray, y teniendo en cuenta que eso no está en absoluto probado que exista... Digamos que podría suceder —admitió con cierto recelo el forense—.

Aunque, naturalmente, más parece una referencia a una variante sobre la obra de Jekyll y Hyde, o sobre el famoso retrato de Dorian Gray...

—Supongamos, señores, que existiera una droga capaz de proporcionar a los humanos esa aparente juventud... —Siguió Mike, sin hacer caso de su ostensible escepticismo, casi despectivo, hacia su teoría—. Esa droga podría estar probándose ya, experimentándose en... en unos asesinos muy eficientes, en gente que había alcanzado una rara perfección en el arte de matar por encargo. Así hubieran «resucitado» del olvido y la vejez los hermanos Bremner, que en su juventud sirvieran a siniestros designios de la Gestapo... Ahora, al morir dos de ellos, descubrimos que su imposible apariencia juvenil estaba justificada por la existencia de un posible fármaco o producto rejuvenecedor que desconocemos...

—Demasiado fantástico —rechazó vivamente el gerontólogo.

—No puedo admitirlo —corroboró el forense, con una sacudida brusca de cabeza.

—Pero clínicamente, el caso no ofrece explicación —replicó Mike, tajante.

—Por el momento... no. Vamos a estudiar el caso, eso es todo.

—Muy bien. Háganlo. Yo partiré de la base de que estoy en lo cierto... para tratar de encontrar algo, señores...

* * *

—Encontrar... ¿qué, Mike?

La pregunta de Forbes era tan escéptica como las opiniones profesionales de los dos médicos. No creían, evidentemente, una sola palabra de la teoría de Mike. Pero ni siquiera Forbes estaba seguro de que las suposiciones de su subordinado tuvieran la menor verosimilitud.

Virginia McCurran, se limitaba a ser la silenciosa y eficiente testigo de siempre, dispuesta a colaborar con total frialdad en cualquier cosa. Incluso en un aparente absurdo. Quizá porque para ella, como agente especial inglesa desplazada a un país lejano, no existía el absurdo en sí. Todo podía ser posible, cuando se trabajaba en una profesión como la suya.

—Aún no lo sé —murmuró Mike—. Quizá encontrar a alguien... o a algo. Supongamos que nos preocupamos de investigar en ese terreno. ¿Sería posible saber quién o quiénes se relacionaron alguna vez, lo más directamente posible, con experimentos sobre la revitalización física de los humanos, sobre tratamientos de juventud y cosas así?

—Mike, estás trabajando sobre una hipótesis tan frágil como un castillo de naipes. No has podido ni has querido olvidar aún las últimas palabras de lord Kimberland, como si de ellas dependiera todo.

—Es que yo nunca quiero ni puedo olvidar detalle alguno. Sólo que los dejo a un lado, a la espera del momento en que puedan tener algún significativo. Éste es ese momento. Ya tenemos entre manos algo más que las palabras de un moribundo. Realmente, alguien parece haber salido de Shangri-La, como el personaje de la novela, perdiendo con ello su aparente juventud.

—¿Los Bremner?

—Sí, los Bremner. Ahora son los cuerpos que corresponden, exactamente, a dos hombres de su edad. Las huellas digitales tienen, pues, razón de ser exactamente iguales. Antes, no. Y lo que antes no se explicaba en modo alguno, ahora se explica perfectamente. Hay una razón, la que sea, para justificar ese cambio. Es la que quiero encontrar, Forbes.

—¿Dónde, Mike?

—Si lo supiera... —suspiró el joven inglés, con un destello combativo en sus grises ojos metálicos—. Virginia, trabaje en eso: consígame datos de Londres. Y de la CIA y el FBI, a ser posible. Obtenga cuanto pueda de los rusos. De quien sea. Necesito, en el más breve tiempo posible, un informe completo sobre los científicos que han podido dedicarse a estudiar el aparente milagro de la juventud, más o menos prolongada. Nadie piensa en una eterna juventud, sino en un suero vital que prolongue la vida y, por tanto, los años jóvenes del ser humano, por una revitalización o renovación de tejidos, pongamos por caso. ¿Me ha entendido, Virginia?

—Sí, Murray —asintió ella—. Le he entendido muy bien...

Y con su fría eficiencia de siempre, pasó a la habitación inmediata de las oficinas del Consorcio de Importación de productos. El *télex*,

con mensajes cifrados en un código complejo, de aparente simplicidad, actuaría esta vez en la solicitud de datos. Computadoras electrónicas muy precisas, en Londres y en otros puntos del globo ocupados por miembros del Servicio Secreto británico y de los servicios de Inteligencia de países aliados y amigos, entrarían en acción.

La invisible red de la información recorrería como Una telaraña sin forma la esfera terrestre, llegando incluso hasta los resortes de la KGB soviética o de los servicios secretos de Pekín.

Y todo ello, en sólo unas breves horas de espera, que Mike aprovecharía en hacer diversas diligencias, en tratar de conocer la marcha del estado de salud de Irene Hidalgo, de buscar por toda la capital argentina un rastro del único asesino superviviente, Gunther Bremner, cuya edad real en esos momentos constituía una incógnita sorprendente y difícil.

Sí. Había mucho por hacer. Y muy pocos datos para abarcarlo todo. Pero el «Agente 2000» de la Inteligencia británica, no se arredraba por tan poco. Las dificultades no hacían sino espolear su ingenio y exaltar su actividad.

* * *

Colgó, pensativo. Encendió un cigarrillo.

—Irene Hidalgo sigue bien —comentó—. No recibe visitas. Solamente ha preguntado por ella una mujer que dejó registrado su nombre en las oficinas del hospital. Tome nota de ello, Virginia, por si podemos averiguar algo al respecto: ella dijo llamarse Greta Bergman. Puede ser auténtico o falso. Vale la pena comprobarlo. Dicen que era una elegante dama rubia, muy atractiva y seria.

—Me ocuparé de eso —afirmó la eficiente miembro de, la Inteligencia británica. Miró pensativa a Mike—. ¿No descansa usted nunca, Murray?

—Cuando hay algo por descubrir, no. El tiempo es vital en muchas cosas. Sobre todo, en casos en que puede haber otras vidas en peligro. No puedo olvidar que lord Kimberland se preocupó por un hombre en Tel Aviv, y éste murió por no hacer nada en defensa suya en el momento oportuno. Quizá el hombre de Tel Aviv pudo habernos advertido del peligro que corría Irene Hidalgo, antes de

que lo hiciera la fría relación de datos de una computadora. Y ahora, quizá alguien que responde a ese raro nombre de «Rostro de Oro», esté en peligro de muerte, si hacemos caso a las enigmáticas palabras de Irene Hidalgo... Como ve, no es fácil dejar de trabajar.

—¿Por qué supone que mataron a esos dos hombres e intentaron matar a la chica? —preguntó vivamente Virginia.

—No lo sé. —Mike miró con franqueza a su joven compañera—. Si he de serle sincero, nada de esto tiene aparente sentido: un antiguo agente secreto inglés, un ex cautivo de los nazis, de raza judía, y una muchacha, hija de dos cautivos también semitas, muertos en un campo de concentración nazi, que fue rescatada y protegida por cada uno de esos dos hombres, han sido sentenciados a muerte por alguien. El motivo, si no es por simple odio o revancha de viejas cuentas pendientes, cuando el nazismo es ya casi historia, no lo veo claro en modo alguno. Tres puntos lejanos entre sí en el mapa del mundo, han sido escenario de la muerte violenta desatada por alguien. Es todo cuanto sé...

—Al menos, se ha fracasado en parte —señaló Virginia—. Una de las víctimas señaladas, salvó su vida por puro milagro. Eso puede significar mucho. Quizá esa muchacha pueda aclararnos algo...

—Quizá —convino Murray, no demasiado entusiasta de la idea—. Pero mientras tanto, tratemos nosotros de descubrir las cosas por nuestra cuenta, sin confiar en nadie.

Hubo un zumbido suave en la habitación inmediata. Virginia se puso en pie con un suspiro.

—Un momento —pidió—. El *télex* funciona. Tal vez nos proporcione datos...

—Sí, vaya —confirmó Mike, distraído.

Virginia se ausentó. Permaneció en el despacho vecino cosa de diez minutos. Regresó con una serie de hojas escritas por el *télex*. Los mensajes comerciales eran de una vulgaridad aplastante. Nadie hubiera imaginado en ellos nada especial.

Virginia, con rapidez, actuó sobre ellos con un código de fácil manejo y difícil traducción por un ajeno al mismo.

Minutos más tarde, los textos estaban descifrados. Con gesto perplejo, ella aproximó a Mike los resultados.

—Lea eso —pidió con voz tensa—. Creo que vale la pena...

Mike lo hizo, en silencio.

«Numerosos científicos investigan la longevidad vital y la larga juventud.

Solamente la Unión Soviética parece haber alcanzado ciertos éxitos parciales, muy lejos de algo definitivo.

«Anteriormente, los científicos nazis trabajaron en un proyecto llamado “Shangri-La” por un sabio alemán con sentido del humor británico. Se abandonó el proyecto al caer el Tercer Reich. No se supieron nunca sus resultados, pero se sabe que fue experimentada una droga de resultados desconocidos en cautivos del nazismo, casi siempre de raza judía. Un criminal de guerra, el doctor Horst Kruger, habló de los experimentos de un colega suyo, el doctor Wolfgang Hoffman, también perseguido como criminal de guerra posteriormente. Hoffman se especializó en buscar sueros de juventud. Intervino en el proyecto “Shangri-La”.

»Hoffman fue hallado años después en Sudamérica por un “cazador de nazis”, al servicio de Israel. Un agente llamado Mayer, le capturó y entregó a Tel Aviv. Hoffman se mató antes de ser juzgado, con una oculta cápsula de cianuro. Es cuanto se sabe al respecto».

Mike alzó la cabeza. Su voz sonó tensa:

—Virginia, otro favor.

—¿Sí? —indagó ella, siempre solícita, mirándole risueñamente.

—Localíceme como sea a ese hombre llamado Mayer. Averigüe lo que sea, recurriendo a los servicios de información israelitas, alemanes, sudamericanos o de donde sea. ¿Quién es Mayer y dónde está ahora, exactamente? Es cuanto quiero saber.

—Muy bien. Lo intentaremos, Murray.

Se intentó. Solamente dos horas más tarde, llegaba la respuesta desde Israel, a través de Londres y del *Intelligence Service*:

«Isaac Mayer. Ex cautivo nazi. Cazador implacable de

criminales de guerra. Trabaja en Sudamérica. Actualmente, en alta mar. Costa argentina. Posee yate propio. Es muy rico. Dedicar su fortuna a cazar nazis. Recientemente fue atacado por alguien que conocía su identidad y misión, sufriendo graves lesiones faciales. »Se oculta el rostro deformado con una máscara de oro».

—¡«Rostro de Oro»! —aulló Mike Murray, con voz repentinamente explosiva—. ¡Ya lo tenemos! ¡Hay que dar con él lo antes posible!...

SEGUNDA PARTE

«PROYECTO SHANG RI-LA 2»

CAPÍTULO PRIMERO

MALLA DE ORO

El avión se había posado suavemente en el aeropuerto bonaerense. Hazel Forbes cruzó decidida la pista de aterrizaje, camino del edificio donde sería atendida por el servicio de Aduanas y demás trámites previos a su entrada en el país.

El Atlántico quedaba atrás. Quizá era una locura llegar en busca de Mike, pensó. La capital argentina era demasiado grande para buscar en ella a un hombre. Pero ese hombre era inglés, era rico y era conocido en los ambientes sociales de medio mundo. Existía una Embajada de Gran Bretaña. Y gentes de nacionalidad inglesa, residiendo en la Argentina.

Todo ello podía facilitarle la labor, si las autoridades argentinas no poseían por su parte un informe de la presencia de Murray en su territorio. El hecho de que ella fuese hija de un miembro del Gobierno inglés, podía tener su influencia en las pesquisas.

Un taxi la condujo al centro urbano de la capital. Eligió el hotel Crillón, en la Avenida de Santa Fe, frente a la Plaza de San Martín. En él se alojaría, mientras iniciaba por el gran pajar bonaerense la búsqueda de la aguja humana llamada Mike Murray, ciudadano británico sin oficio conocido.

Una tarea ingrata sin duda, pero que Hazel estaba decidida a culminar con fría flema inglesa, con total serenidad de mujer muy por encima de sentimentalismos y de emociones incontrolables.

Mike iba a conocer, al fin, cómo era realmente aquella hermosa joven de cabellos suavemente oscuros, verdes ojos profundos, figura esbelta y elegante, y líneas realmente atractivas de mujer en su plenitud.

Cuando ambos se encontraban, ella estaba segura de que Mike iba a llevarse dos sorpresas consecutivas: encontrarse ante su prometida, a tantos miles de millas de distancia de la City... y conocer en ella a la auténtica Hazel a quien nunca supo ni quiso conocer.

Estaba firmemente decidida a ello. Y no tardando mucho, confiaba

en haber localizado a Mike, pese a todas las dificultades.

Hazel era mujer enérgica y decidida. Tenía confianza en sus propios recursos y en su capacidad de lucha.

Todo eso, estaba ahora en juego, implacablemente dirigido a una sola finalidad: verse frente a frente de Mike Murray, en el terreno y momento por ella elegidos...

* * *

El helicóptero revoloteó suavemente en torno a la forma blanca que se mecía suavemente en alta mar, frente a la desembocadura del río de la Plata.

El sol era radiante, la mar tranquila, y el aire soplaba del nordeste, liviano y apacible. El yate era como una flotante isla blanca en medio del azul. En su cubierta, los detalles confortables eran visibles ya para los prismáticos poderosos del viajero: piscina oval, toldos de colores, gente tomando el sol en el puente...

Una figura bronceada, sinuosa y exultante de curvas, con uno de los bikinis más breves de tejido que Mike Murray recordaba haber visto, se tendía al borde del agua de la piscina azul, sobre las franjas multicolores de una gran toalla extendida sobre el gresite verde pálido del contorno.

Algo más allá, sobre una plataforma situada en la popa de la embarcación de placer, un helicóptero pintado de blanco, con una franja dorada en su centro, parecía reposar, a la espera de cualquier desplazamiento a tierra firme, que hiciera brevísima la distancia entre la embarcación de recreo y el litoral argentino.

Por radio, llegó un mensaje, emitido con voz clara:

—Aquí yate *Albatros* —dijo una fría voz—. Identifíquese antes de posarse en cubierta, por favor. Es imprescindible. Hay agentes de seguridad a bordo, con permiso para utilizar sus armas sobre cualquier intruso que se niegue a identificarse.

—Es una visita oficiosa. Emitieron antes un mensaje radiado, desde la Embajada británica en Buenos Aires. También creo que tendrán un informe de Tel Aviv... Soy Michael Murray, ciudadano británico...

—Está bien. Se esperaba su visita. Puede descender.

El helicóptero se posó mansamente en una zona amplia de la

cubierta, libre de obstáculos. Pero era una parada breve, porque la radio transmitió, mientras dos hombres se aproximaban a ellos, cruzando la cubierta:

—La nave deberá despegar nuevamente. Regrese dentro de dos horas, si quiere recoger al señor Murray nuevamente. O espere instrucciones en tierra, en caso de ser más larga la permanencia a bordo.

—Conforme —asintió Mike, que se volvió al piloto—. Cuando yo baje, márchese. Puede volver dentro de dos horas. Será tiempo suficiente.

—Sí, señor —convino su compañero de viaje aéreo.

Saltó Mike a cubierta. El helicóptero, sin dejar de accionar sus hélices, despegó, elevándose en el azul. El joven inglés se quedó solo en cubierta, delante de dos hombres que le miraban con seriedad.

Ambos tenían la piel cetrina, los ojos oscuros, y vestían trajes claros, de leve tejido. El aire del helicóptero al elevarse, agitó sus ropas, pegándolas a sus cuerpos. Mike observó la presencia de bultos sospechosos en su axila izquierda. Era evidente que ambos estaban bien armados.

—Síganos, por favor —pidió uno—. El señor Mayer le recibirá inmediatamente.

Mike partió tras de ellos, decidido. El yate era amplio, suntuoso y... muy caro. Había que tener muchos millones de dólares para mantener un lujo semejante. Sin duda, el «cazador de nazis» había tenido otras actividades, aparte de ésta, para amasar una fortuna de tal magnitud. A menos que la captura de «criminales de guerra» evadidos de la Alemania hitleriana, aportase semejantes beneficios, cuando se le dedicaba toda una vida.

Algo parecía evidente: los asesinos tendrían mucho más trabajo con Mayer que con lord Kimberland. Lionel Gould o Irene Hidalgo, por ejemplo. Llegar al yate *Albatros* era cosa difícil. Eludir a los guardaespaldas de Mayer, más complicado aún. Y alcanzar a verse en presencia de Mayer, altamente improbable. Al menos, con vida suficiente para intentar un atentado.

Le cachearon, retirándole su «Walther» y el cargador de proyectiles. Uno de los hombres guardó ambas cosas, con una advertencia rutinaria:

—Le será devuelto cuando regrese a tierra, señor Murray. Son medidas normales a bordo. No debe sentirse molesto en absoluto.

—No me siento molesto —rió Mike—. Sólo un poco desnudo...

Sonrió uno de los hombres, sin hacer comentarios. Se encaminaron al puente donde, se veían toldos de colores, agua azulada en la piscina... y las curvas morenas de una hembra fuera de serie, tendida junto al agua.

Era muy rubia y alta. Poseía unos senos rotundos y unas caderas ampulosas. Sus piernas eran largas y esculturales. Hubiera hecho las delicias de los lectores de *Playboy*, en su famosa página central.

Ella le miró, indiferente, irguiéndose sobre un codo para estudiarle más atentamente.

—Hola —saludó.

—Hola —respondió Mike, escueto como ella.

—¿Americano? —indagó la venus de bronce con melena de oro.

—Inglés —replicó él.

—Ya. ¿Periodista o político?

—Ni una cosa ni otra —sonrió el joven—. ¿Es usted la secretaria personal de Isaac Mayer?

—En cierto modo —asintió ella, burlona, haciendo un fruncido con sus labios carnosos—. Tendrá que identificarse, de todos modos. Podría ser otra persona diferente a quien dijo ser. Hay que andar con mucha cautela. Sobre todo, después de lo que sucedió.

—¿El atentado?

—Sí, el atentado —afirmó secamente ella—. Vamos, sus documentos, señor...

—Murray —dijo él—. Mike Murray, señorita...

—Bergman —replicó ella—. Greta Bergman.

Mike pestañeó. No trató de impedir su comentario instintivo:

—¿La visitante del hospital que quería ver a Irene Hidalgo?

La rubia del bikini minúsculo y las curvas amplias, asintió fríamente, con sus ojos pardos clavados en él felinamente.

—La misma, señor Murray —tomó sus documentos—. ¿Qué papel es el suyo en todo eso?

* * *

—No quiso explicarme gran cosa —suspiró ella—. Sólo desea hablar

con usted...

—Muy bien, Greta. Déjele entrar, por tanto. ¿Están todas las medidas confirmadas? —Todas. No lleva armas. Ni objetos metálicos peligrosos. El detector ha dado resultado negativo. Es realmente Mike Murray. Sabe que intenté ver a Irene Hidalgo en el hospital—. Bien. Es todo, Greta. Gracias. Ya puede pasar ese hombre a mi presencia.

Mike dejó atrás a Greta Bergman. Y a los cuatro o cinco hombres que tomaban el sol, aparentemente como invitados, a bordo del yate. Ahora sabía que allí no había invitados. Todos eran miembros de la guardia personal del «cazador de nazis». Mayer era inaccesible o poco menos. No entendía cómo pudieron atentar contra él.

Pasó al interior de la cabina de mando en el yate. No vio a nadie inicialmente. La cámara aparecía desierta. La luz entraba fuertemente por los tragaluces redondos, iluminando el mobiliario y decoración de la confortable estancia.

Ante él, una mesa vacía, con una esfera mundial, cartas geográficas, documentos y una caja de cigarros junto a un lujoso juego de escritor en marfil y caoba, era todo cuanto podía ver.

La voz le llegó a espaldas suyas, repentinamente:

—Aquí, señor Murray. Lo que oyó antes, fue solamente un altavoz repitiendo mis palabras.

Mike se volvió, con leve sobresalto. Mayer era muy ingenioso. La puerta se hallaba a espaldas suyas, en un ángulo situado cerca de la puerta de entrada a la cabina. Allí aparecía ahora el hombre.

Alto, frío, calmoso. Vestía un largo batín de seda, color granate oscuro. Un pañuelo de seda gris se enroscaba en torno a su cuello. Llevaba guantes. Ligeros guantes blancos. Fumaba un cigarrillo de larga boquilla. Un tabaco especialmente elaborado para él, sin duda alguna.

El rostro aparecía envuelto en la caperuza dorada. Una malla de oro puro envolvía su cabeza. Había dos ranuras para los ojos, fríos y oscuros. Y otra ranura para su boca, bastante amplia.

El tejido de oro era liviano pero resistente. Resultaba difícil apreciar sus facciones tras él. Parecían firmes, como cinceladas en piedra. Los ojos brillaban enigmáticamente. Los labios eran apretados y faltos de humorismo.

—Siéntese —rogó el hombre de la cámara dorada.

Mike obedeció. Señaló la caperuza.

—¿Por qué todo eso? —indagó—. Parece teatral...

—Quizá sea teatral. Pero me gusta. Y yo hago siempre lo que me gusta. Es el lujo que podemos permitirnos los hombres ricos, señor Murray.

—Evidentemente —convino Mike con sequedad—. ¿Tenía que ser de oro?

—Sí. Tenía que ser de oro. El oro, en mi vida, es todo un símbolo, señor Murray. Me gustan los símbolos.

—¿Incluso para luchar contra ellos?

—Incluso eso. Lucho contra uno muy definido: la svástica. El nazismo, señor Murray. Me hizo mucho daño. Es justo que yo se lo haga ahora.

—He oído hablar de ello. ¿Lo hace por dinero, por deporte...?

—Por venganza —replicó glacialmente «Cara de Oro», rodeando la mesa y sentándose tras ella, frente por frente a Mike—. Perdí a todos mis seres queridos en los campos de prisioneros de Alemania. Salí con vida yo solo. Hice una fortuna. Tuve suerte sólo en eso: en los negocios y en conservar mi pellejo. No me pareció nunca bastante. Hubiera sacrificado todo eso por mi esposa, mis hijos... No pudo ser. Ellos terminaron con todos. Juré devolver golpe por golpe.

—Y lo está haciendo.

—Sí, lo estoy haciendo —su mirada oscura se clavó en Mike—. ¿Me lo reprocha?

—No, no. Es asunto suyo. Como usted dice, cuando se es tan rico, uno se puede permitir el lujo de hacer lo que desea. Y su deseo es vengarse de los viejos nazis dispersos por el mundo. Aunque ahora sean tan viejos, que muchos de ellos ya no se tengan en pie.

—Ése es un factor que no altera los hechos. Todo el mundo envejece. Yo era un hombre muy joven cuando acabó la guerra. Pero más joven era mi pobre esposa, los niños... Nunca más los llegué a ver vivos.

—¿Experimentaron con ellos?

—Experimentaban con todo. Luego, estaban los hornos crematorios, las disecciones, la experimentación inhumana, en agua helada o hirviendo... Los hombres, mujeres, niños y ancianos, eran las cobayas de aquella atroz forma de investigar.

—Usted capturó a uno de los científicos: a Hoffman.

—¡Wolfgang Hoffman! —siseó la voz dura de «Rostro de Oro». Asintió despacio—: Sí. Yo capturé a Hoffman. Pero no llegó a rendir cuentas ante los tribunales de mi país. Se suicidó, pese a cuanto se trató de evitar esa posibilidad. Era muy astuto. Y tenía miedo.

—¿Conoció a Hoffman en el campo de prisioneros?

—¿Quién no conocía allí al doctor Hoffman? Era uno de los peores.

—¿Experimentaba en algo determinado?

—En todo lo que significara probar la resistencia humana hasta morir. Era como un juego. Un juego alucinante y terrible, señor Murray.

—Lo comprendo. ¿Recuerda algún experimento determinado del doctor Hoffman?

—Nunca quise preocuparme de esas cosas. Me causaban horror. Pero algo oí, algo se comentaba... Decían que era como pactar con el diablo. Que trabajaba en cosas prohibidas hasta entonces a la ciencia.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Como por ejemplo... alargar la vida humana. Y la juventud —dijo fríamente Mayer, clavando sus ojos en él—. Creía haber dado con un suero fantástico, capaz de revitalizar incluso a personas clínicamente viejas. Supongo que todo se quedó en eso: en teorías, experimentos sin concluir.

—Tal vez no.

—¿Qué quiere decir? —Se irguió Mayer, sorprendido.

—Pudo haber algo más: un resultado positivo. Un éxito científico.

—¿Es eso de la juventud? ¡Imposible! Hubiera trascendido alguna vez...

—No hubo ocasión. El Tercer Reich se derrumbó. Hoffman huyó, con su secreto celosamente guardado. Hablar de él, era delatarse. Él tenía otra identidad en Sudamérica, como tantos otros nazis hicieron para borrar sus huellas a personas como usted. Imagine que alguien sabía *dónde* guardaba Hoffman su gran secreto, la fórmula mágica, la revolución química de la época: ¡un auténtico manantial de juventud, en un laboratorio!

—No creo una palabra de eso.

—¿Usted oyó hablar alguna vez de tres hombres llamados Fritz, Luther y Gunther Bremner, señor Mayer?

—¡Los asesinos de la Gestapo! —Se estremeció el cuerpo del hombre enmascarado con tejido de oro. Incluyó su dorada cabeza enigmática—. Cielos, sí. Eran tres monstruos...

—¿Qué edad tendrían ahora, señor Mayer, si vivieran?

—No sé... Calculo... que más de setenta años. Sí, casi setenta...

—Eso es. Sin embargo, ellos mataron a lord Kimberland en Londres, a Lionel Gould en Tel Aviv, e hirieron seriamente a Irene Hidalgo en Buenos Aires.

—Kimberland... Gould... Irene... —Los labios del enmascarado se apretaron. Estrujó la boquilla del cigarrillo. Luego, tiró éste al cenicero. Sus manos enguantadas aferraron el borde de la mesa—. ¿Por qué ha nombrado precisamente a esas tres personas, señor Murray?

—¿Por qué cree usted? Hablaba de los Bremner. Parecían muy jóvenes cuando atacaron a esas tres personas. Pensé que eso no sería posible sin una droga milagrosa por medio...

—Aunque eso fuera cierto, ¿por qué precisamente atacar a esas personas?

—Es lo que trato saber de usted. ¿Por qué a ellos? ¿Acaso conoce a todos y cada uno de los que le he citado como víctimas de los Bremner, señor Mayer?

—Sí. Es posible que los conozca... —masculló roncamente el hombre de la máscara de oro.

—¿Y no podría ser usted la cuarta víctima... a menos que ese atentado que sufrió, y que causó lesiones en su rostro, forme parte del mismo complot?

—No, señor Murray —negó calmadamente el millonario israelí—. Lo que me sucedió a mí, no tiene nada que ver con esas personas. Sé quién lo hizo... y por qué lo hizo.

—¿De veras? ¿Quién le atacó, entonces, destrozándole el rostro?

—Una mujer.

—¡Una mujer!

—Sí. La más peligrosa mujer nazi conocida. Mi próxima presa, señor Murray. Alguien a quien no puedo perdonar...

—¿Quién es ella?

—Nadie conoce su nombre. Se sabe solamente que es llamada, en células secretas neonazis, La Nueva Svástica.

—La Nueva Svástica...

—Una peligrosa líder de los nuevos y jóvenes nacionalsocialistas que forman células en el mundo, cada vez con más alarmante frecuencia e intensidad. Una mujer de quien se dice que pudo heredar los ideales y la maldad de los viejos líderes del Reich...

—¿Cómo pudo llegar La Nueva Svástica, hasta usted?

—*Svástica*, como se la llama simplemente por abreviar, llegó hasta mí bajo la falsa identidad de una agente israelí, cazadora de nazis. Todo lo traía en regla: documentos, informes, detalles minuciosos. Confié en ella. Cuando quise darme cuenta... había disparado contra mí un arma corrosiva de gran poder destructivo. Pude apartarme a tiempo, aunque no totalmente. Desesperado, dolorido, ciego por los efectos del ácido que estallara en mi rostro, grité y, aullé, y perdí el conocimiento... Ello sucedía a bordo de este yate. Mis guardaespaldas habían sido reducidos mediante un narcótico. Hubiera sido rematado, de no mediar Greta.

—¿Su secretaria?

—Ella era solamente una invitada mía a bordo, ya puede usted entender...

—Sí, entiendo. Tiene usted gusto en invitar damas a bordo.

—No siempre —la boca sonrió desdeñosamente tras el hueco a ella destinado—. *Svástica* me sorprendió. Pudo haberme matado. A mis gritos, acudió Greta. Pudo poner en fuga a mi agresora, puesto que se armó con la pistola de uno de mis hombres. *Svástica* saltó al mar. No se ahogó, ciertamente. Hallamos un equipo de inmersión en la orilla, cuando pude disponer su búsqueda por medio de mis hombres. Había adoptado todas las medidas para llegar a bordo. ¿Comprende ahora nuestras precauciones con usted?

—Sí, lo entiendo muy bien —asintió gravemente Mike—. ¿Por qué supone que *Svástica* no es la misma persona que se oculta tras de los hermanos Bremner?

—Porque no tendría sentido ahora... Conmigo cabe ese ataque feroz. Soy un peligro para todo lo que signifique nazismo en cualquier lugar del mundo. Saben que soy despiadado con ellos. Y que poseo dinero, gente leal, medios cuantiosos de luchar... Pero esas otras personas... Lord Kimberland vivía retirado en Londres, Lionel Gould trabajaba en bioquímica para el Gobierno israelita. Y esa muchacha, la hija de Hidalgo, el desdichado a quien asesinaron en mi mismo campo de concentración, la niña de quien se ocuparon

lord Kimberland y Gould, ni siquiera tiene ya relación con el pasado. Trabaja en Buenos Aires, y vive su Presente, sin que las sombras de entonces enturbien su vida.

—Señor Mayer, ¿por qué usted está tan cerca de Buenos Aires, cuando Irene Hidalgo trabaja precisamente allí? —preguntó Mike secamente—. ¿Por qué su secretaria, amiga o lo que quiera que sea Greta Bergman, fue a preguntar al hospital donde sigue inconsciente tras el atentado?

—Siempre me preocupo por quienes conocí de un modo u otro en aquellos difíciles años —replicó acremente el hombre enmascarado de oro, con aire de incomodidad—. En cuanto a mi proximidad a esa chica, es pura casualidad. Igual pude estar ahora en las costas de Chile o de Brasil. Hay nazis ocultos por doquier, amigo mío.

—Señor Mayer, ¿no será que hay algo más en esa muchacha, Irene Hidalgo, que le hace usted sentirse protector de ella en alguna forma? —insinuó Mike con voz fría.

—¿Qué pretende decir con eso? —El tono del cazador de nazis era ahora agresivo, hosco y casi violento.

—Me pregunto, señor Mayer si esa joven... será hija de Hidalgo... o *suya*.

CAPÍTULO II

IRENE

—¿Qué le hizo suponer tal cosa, Murray?

—No sé. Fue una corazonada. Algo instintivo. En tiempos de guerra, en un campo de prisioneros mixto, pueden suceder muchas cosas... Los padres de Irene Hidalgo murieron en los hornos crematorios. También la familia de Isaac Mayer. Imaginemos... imaginemos que en esos largos meses o años de cautiverio, ocurre algo entre una mujer que ha perdido al esposo, un hombre que no tiene esposa... Víctimas ambos de la ferocidad de un sistema de genocidio despiadado. Que se unen en el infortunio, perdidos sus hijos, sus seres queridos... Y que esa unión dramática da frutos. Nace una criatura. Y crece. Esa criatura es hija de la señora Hidalgo. Pero no del esposo ya sacrificado. La niña se salva... La niña es hija de Mayer, y él lo sabe. Pide ayuda a otro judío como él: Lionel Gould. Lord Kimberland ya ha logrado rescatar a la niña, sana y salva. Lord Kimberland se conocen, porque el primero fue el Lord Kimberland y Mayer se conocen, porque el primero fue el agente inglés que sacó con vida a Mayer y a la niña. La madre no tuvo tanta fortuna y murió en la masacre...

—Es todo un folletín —comentó Forbes, ceñudo.

—La vida, a veces, es también folletín, Forbes. Sobre todo, cuando hay por medio una guerra, y seres infortunados, perdidos en ella... Mayer dedica su vida de hombre acaudalado, a combatir a los nazis. Sufre el ataque de *Svástica*, esa extraña dama que pretende capitanear un movimiento neonazi en el mundo... Deformado, pero con vida, sigue en pie de combate. Pero teme por la vida de Irene. Deambula en torno a Buenos Aires, sin prever que ya hay un plan de ataque contra los viejos amigos y camaradas: cayeron lord Kimberland, Gould... y pudo caer impunemente Irene. Por fortuna, el recurrir a tres asesinos tan peculiares como los mellizos Bremner, nos permite seguir una pista remota. Y llegamos al momento actual, habiendo podido salvar a Irene de la muerte... y descubriendo que

su padre auténtico es Isaac Mayer, y no un hombre de nacionalidad argentina, llamado Hidalgo.

—¿Fin del melodrama? —sugirió irónico Duncan Forbes.

—No. Si acaso, inicio de su último volumen —suspiró Mike—. Mi visita a ese yate, ha sido provechosa. Mayer se ha sincerado. Aceptó ser el padre de Irene. Está preocupado por su hija. Por eso envió a Greta a preguntar por ella...

—Greta Bergman... —reflexionó en voz alta Virginia McCurran—. ¿Qué clase de chica es?

—Una bomba rubia de muchos megatones —rió Mike—. Tiene de todo, y en grandes dosis. Además, no le importa exhibirlo.

—No hablaba de su anatomía —cortó secamente la pelirroja funcionaria de la Inteligencia británica en Buenos Aires—. Me refería a la persona.

—Parece leal. Salvó de morir a Mayer, cuando no había nadie a bordo capaz de ayudarlo.

—¿Ha descrito a *Svástica*? —se interesó Forbes.

—Sí. Pero dice que eso no significa nada. Adopta diversas apariencias y personalidades.

Era rubia platinada, de tez pálida, rostro ingenuo y dulce, ojos azules... Todo eso podía ser falso. Y de hecho lo era. Mayer afirma que puede ser morena, rubia o pelirroja. Y tener los ojos de cualquier color. Parece que sabe cambiar muy bien su apariencia la tal *Svástica*.

—¿Cómo sabe él que Greta Bergman le salvó la vida?

—Oh, parece evidente que él está seguro de ello. Sus hombres habían sido abatidos por un narcótico —explicó Mike a Virginia, que era quien hacía la pregunta—. Entonces, cuando fue atacado por el ácido disparado por *Svástica*, perdió la noción de todo. Y, sin embargo, salvó la vida. Al volver en sí, Greta, pistola en mano, le ayudaba, informándole de que su agresora había huido arrojándose al mar.

—Por tanto, sólo sabe por referencias de Greta Bergman todo el fin de la escena —señaló Virginia, con tono astuto.

—Sí, pero de no ser así, *Svástica* hubiera terminado con él irremisiblemente —señaló con tono grave Forbes.

—Supongamos que a *Svástica* no le interesaba rematar su tarea, y sí ganarse la confianza de Mayer... bajo la identidad falsa de Greta

Bergman. La fuga sería fingida, y el ataque, aparte de deformar de por vida a Mayer, hubiera cumplido su objetivo, de convertir a Greta en la persona de confianza del principal y más peligroso cazador de nazis que existe. Un puesto altamente envidiable, para una persona encargada precisamente de todo lo contrario que Isaac Mayer...

—Virginia, esa teoría es formidable —aceptó Mike, con repentino entusiasmo, brillantes sus ojos de excitación—. Admito que no se me había ocurrido, y que sería un golpe maestro, dignó de *Svástica*. Sí, creo que a veces no hay como una mujer para sorprender el doble juego de otra mujer. Confieso que la anatomía de Greta me deslumbró demasiado. Pero por otro lado, corremos el peligro de inculpar a una inocente. Quizá Greta sea, realmente, la que aparenta ser.

—Pero no, me negará que la teoría es fascinante —sonrió Virginia, irónica.

—No sólo eso, sino incluso probable —admitió Mike, ceñudo—. También a mí se me ocurrió algo mejor, durante mi visita al yate de Mayer.

—¿Qué fue ello? —se interesó Duncan Forbes.

—Una idea descabellada, pero magnífica: supongamos que la agresión a Mayer ha sido motivada con la diabólica finalidad de deformar solamente el rostro de Mayer...

—¿Y para qué? Supongo que será tan feroz o más con los nazis usando una máscara que cubra su deformidad...

—Una caprichosa máscara de oro, muy apropiada para un caprichoso multimillonario aventurero como Isaac Mayer —aceptó Mike—. Pero también un recurso muy ingenioso que podría utilizar alguien que, en realidad, NO FUESE Isaac Mayer, y de ese modo ocultara lo único que puede descubrir ante los demás su falsa identidad: el rostro.

—¡Mike! ¿Qué locura se te ha ocurrido? —bramó Forbes, escandalizado.

—Es una locura muy factible, amigo mío. Imagine que fuesen así las cosas. Entonces, si el hombre del rostro dorado no fuese Mayer realmente... estaría justificado el asesinato de lord Kimberland, de Lionel Gould... y de Irene Hidalgo.

—Pero... ¿por qué Mike?

—Porque esas tres personas conocían muy bien el rostro auténtico de Isaac Mayer: Gould, como compañero de cautiverio, Kimberland como libertador suyo... e Irene porque es realmente su propia hija... Desaparecidos los tres, ¿quién podría identificar realmente a un hombre que, como Mayer, carece de familiares y deambula siempre por todo el mundo, a bordo de un yate al que tan difícil es tener acceso?

—Y en su lugar, según esa teoría grotesca, Mike, ¿quién se supone que estaría luciendo la máscara de oro?

—Un agente nazi, precisamente. Quizá un esbirro de *Svástica*... o ella misma, si sabe fingir una personalidad masculina —concluyó Mike tranquilamente.

Forbes iba a replicar acremente a eso, cuando sonó el teléfono de línea especial privada. Virginia lo descolgó, sin perder tiempo.

—Consorcio de Comercio británico —informó, escueta. Luego, asintió—: Sí, un momento.

Tendió el aparato a Forbes.

—Agente 3007 —dijo—. Es para usted, señor.

Duncan Forbes tomó el teléfono. Escuchó en silencio, dijo unos pocos monosílabos y colgó. Luego, miró a Mike, incorporándose.

—Vamos —dijo—. Irene Hidalgo ha vuelto en sí. Estamos autorizados a hablar con ella durante diez minutos, Mike...

* * *

Tenía unos hermosos ojos, de un suave azul pálido. No era muy rubia, pero sus cabellos tenían reflejos dorados, suaves y melosos.

Facciones correctas, muy atractivas y llenas de feminidad: breve nariz, boca carnosa, pómulos acentuados. Una figura esbelta, como ya advirtiera Mike Murray en la Acme Electrónica. Incluso ahora, con la ropa blanca y amplia del hospital, era apreciable todo ello.

Estaba pálida y débil. Se notaban los efectos de la cirugía y de los sedantes, sin la menor duda. Pero parecía animosa, dispuesta a luchar con sus propias dificultades, para ayudar a quienes pretendían saber algo a través de ella.

—Bien, caballeros —les miró pensativamente—. Estoy a su disposición. No sé cómo agradecerle, señor Murray, su intervención en la factoría, cuando...

—Olvídelo —rogó Mike, presuroso—. Es mejor no pensar en ello ahora. Tendremos tiempo de comentarlo cuando los recuerdos sean menos penosos para usted, señorita Hidalgo.

—No puedo explicarme por qué aquellos horribles hombres...

—No está muy claro tampoco para nosotros. ¿Usted no esperaba ser atacada?

—No, ¿cómo podía esperar tal cosa? —Pestañeó, mirándole con ingenuidad—. Yo nunca hice daño a nadie. No creí tener enemigos, señor Murray.

—Ahora sabe que los tiene.

—¿No hubo error en el ataque, no se equivocaron al elegirme como víctima?

—En absoluto. Yo acudí a Buenos Aires con la idea de protegerla. Y llegué tarde.

—No del todo, señor Murray —sonrió ella dulcemente—. Aún estoy con vida...

—Sí, tuvimos fortuna en eso. De no haber fallado su disparo y luego su proyectil, usted no estaría ahora aquí, señorita Hidalgo. Permita que insista sobre eso, pero ¿no pensó nunca que pudiera peligrar su vida?

—Cielos, ¿cómo iba a pensarlo? No tiene sentido...

—¿Es que nunca supo que lord Kimberland y Lionel Gould habían sido asesinados en Londres y Tel Aviv, respectivamente? —Al hacer la pregunta, Mike no desviaba de ella sus agudos ojos, llenos de sagacidad y astucia.

—Dios mío... —Notó un estremecimiento en ella. Su palidez era intensa, pero quizá lo fue ahora un poco más, casi inapreciablemente—. Muertos...

—¿Sabe quiénes eran ellos?

—Claro... Lord Kimberland me arrancó del campo de prisioneros, cuando los nazis remataban a muchos, antes de escapar. Luego, Lionel Gould, un compañero de cautiverio, me ayudó a crecer durante dos años o tres... Yo no puedo recordar todo eso, porque era demasiado pequeña entonces, apenas un año. Pero lo sé. Y les agradezco todo aquello. ¿Quién pudo...?

—La misma persona o personas que decidieron su ejecución, señorita Hidalgo. Y la de alguien más quizá. Alguien a quien usted nombró en su delirio...

—¿Yo... nombré a alguien? —Se agitó Irene ostensiblemente.

—Sí. Lo hizo... Tal vez entonces supo lo que sucedía, y tuvo miedo de que usted fuese solamente un eslabón en una cadena que conducía a... un hombre llamado Isaac Mayer.

—¡Mayer! —Tembló ella—. Dios mío... ¿Qué sabe usted de todo eso, señor Murray?

Mike miró su reloj.

—Nuestro tiempo se agota. Por eso debemos apurarlo al máximo, señorita Hidalgo: dígame una sola cosa, con total sinceridad. ¿Sabe usted quién es realmente Isaac Mayer? ¿Sabe su relación con usted?

—Mayer era otro cautivo de aquel campo horrible... —musitó ella—. Mamá me dejó una carta, unas pocas líneas suyas... Las leí siendo ya mayor. Sí, sé bien quién es él... porque mi madre no me lo ocultó.

—Y sabe que ahora lleva sobre el rostro una máscara...

—De oro, sí. Una máscara que cubre su faz deformada por el ataque de un criminal... —Bajó la cabeza, con un sollozo ahogado—. ¿Él está... está bien...?

—Sí, perfectamente. Está protegido de todo riesgo.

—¿Sabe, tal vez, lo que...?

—Lo sabe. Envié a alguien a interesarse por su estado. Irene, él está dispuesto a que deje de ser pronto la hija de Hidalgo, para admitirla como propia. Y tener derecho a su fortuna, a su apellido...

—Demasiado dinero, demasiado poder e importancia... —suspiró tristemente Irene—. No sé si me adaptaría a eso... Creo que tendré que pensarlo largamente, antes de tomar cualquier decisión en uno u otro sentido. He sido feliz hasta hoy en mi factoría, en mi trabajo...

—No se trata de admitir la protección de un extraño. Es algo a lo que tiene derecho. De todos modos, me gustaría llevarla conmigo un día... a bordo del yate.

—¿A bordo? ¿Para qué?

—Oh, es una idea que danza en mi mente —sonrió Mike, pensativo—. Sería mejor que Mayer viniese a verla a usted aquí, o a cualquier otra parte. Pero ya que ello dudo que sea factible, iríamos nosotros a bordo.

—Si considera que debo hacerlo...

—Sí, Irene. Porque usted... usted conocerá perfectamente a Isaac

Mayer, ¿no es cierto?

—Bueno, lo he visto unas cuantas veces en mi vida. Hablé con él en dos ocasiones, sobre la carta de mamá, sobre él y sobre mí...

—¿Antes del ataque criminal que le deformó el rostro?

—Antes, sí. Mucho antes.

—¿Cree que le reconocería incluso con esa máscara dorada?

—Aunque hubiera varios hombres con una máscara dorada, sabría decir quién de ellos es mi... mi padre, señor Murray. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —suspiró el «Agente 2000»—. Precisamente porque esperaba recibir una respuesta así. Ahora, siga descansando, Irene. Me temo que esos pasos que suenan, son los del doctor Navarro... La visita ha terminado.

CAPÍTULO III

HAZEL

—Parece que al final se saldrá con la suya, Mike —comentó irónicamente Virginia, mientras el ascensor les conducía a la planta baja del Hospital Internacional de Buenos Aires.

—¿A qué se refiere?

—A esa identificación del hombre del rostro enmascarado. ¿Sigue pensando realmente que es un suplantador?

—Podría serlo. Quiero estar seguro de eso. Y de otras cosas: por ejemplo, que Greta Bergman no es *Svástica*...

—¿Tanto le preocupa y atrae esa mujer? —Había cierto tono irritado en la voz de su compañera de trabajo.

—Bueno, ya le dije cómo es —sonrió Murray—. Puede atraer a cualquiera... Sobre todo, si se la ve al lado de la piscina, con aquellas dos piezas de tela...

—Es usted incorregible. Sólo se fija en las chicas que lucen bikini...

—No, no es cierto —rechazó divertido Mike, deteniéndose al salir del ascensor, mirándola con atención—. Me fijo también en las chicas de minifalda, como usted. Sobre todo, si tienen unas piernas tan bonitas. Creo que debe de ser también una chica encantadora y llena de atractivos, cuando tome el sol en la playa...

—Le invitaré a acompañarme cuando me tome un día de descanso —replicó Virginia secamente—. Es posible que se lleve una sorpresa. Creo tener tanto como esa Greta Bergman. Y tan bien puesto como ella. Sólo que no me gusta alardear.

—Hace mal, Virginia. Los atractivos femeninos están hechos para lucirse. Además, estoy convencido de que será rabiosamente atractiva. Ya lo es sin necesidad de usar bikini.

—Pues aún no se ha preocupado de saber si yo puedo ser *Svástica*...

—Está en un error —rió Mike entre dientes—. Ya he solicitado informes completos sobre Virginia McCurran al *Intelligence Service*. Y obtuve sus huellas en la oficina, remitiéndolas por vía

confidencial a Londres. La respuesta la tuve anoche. Por fortuna, parece favorable. Usted es Virginia McCurran, a menos que haya engañado a los Servicios Secretos de nuestro país desde un principio... y Virginia McCurran sea, en todo momento, el nombre e identidad real de *Svástica*...

—No estará hablando en serio, ¿verdad? —Centellearon los ojos de Virginia repentinamente, cuando alcanzaban la calle, bajo el suave sol bonaerense, en la amplia acera de la Avenida Corrientes, bajo el ondear de banderas de diversos países, sobre la fachada del Hospital Internacional—. Usted nunca pediría informes míos a Londres, bajo el pretexto de... de una sospecha semejante... Mike, usted se burla de todo y de todos.

—¿Burlarme? —sonrió Murray. Negó con la cabeza, buscó en su bolsillo y extrajo algo que mostró a Virginia—. Yo siempre hablo en serio, amiga mía. Lea eso, se lo ruego...

Era un cable fechado en Londres. Su texto era breve:

«Virginia responde datos recibidos. Fuera toda duda
identidad. Saludos:

»*Tío Edwin*».

«Tío Edwin». Enrojeció vivamente Virginia. Conocía bien la firma en clave de los Servicios de Inteligencia en Londres. El mensaje era harto significativo.

—Es usted... ¡es usted odioso, repugnante! —Casi gritó ella, dando un taconazo en el asfalto de la acera—. Es lo más bajo y vergonzoso que jamás me hizo un hombre, un compañero de trabajo...

Separó de él su mano, y llevada por un repentino impulso irreflexivo, descargó un bofetón en el rostro de Mike, echándose atrás con ojos fulgurantes. Mike la contempló, risueño, tocándose la mejilla dañada.

Virginia se disponía a alejarse, para tomar un taxi y abandonar allí a Mike Murray cuando tuvo lugar el segundo acto de la farsa.

—Hermoso y edificante espectáculo, querido... ¿Puedo intervenir yo en él?

La voz de mujer sonó inmediatamente a espaldas de Mike.

Éste, con un sobresalto, se volvió hacia su punto de origen.

Estupefacto, reconoció a la persona que estaba contemplándole, irónica, plantada en medio de la acera.

—¡Hazel! —exclamó con voz ronca—. ¡Tú...!

En aquel preciso momento, vio a Gunther Bremner, el tercer mellizo asesino.

* * *

Los acontecimientos se precipitaron forzosamente.

Mike no tuvo otro remedio que desencadenarlos a ritmo vertiginoso y violento. No había otra salida. Ni para él, ni para Virginia... y mucho menos para Hazel, la increíble Hazel, presente en Buenos Aires como por arte de magia, ajena a todo peligro, y sin embargo cruzada justamente en la trayectoria mortal de un asesino...

Todo fue veloz, como un centelleo. En lucha desesperada y frenética contra las décimas de segundo, contra la pericia de un asesino inexorable, de una humana máquina de matar.

—¡Hazel, a tierra! —rugió, lanzándose sobre ella, en un *plongeon* formidable, al tiempo que chillaba—: ¡Virginia, el asesino Bremner...!

Naturalmente, Virginia era algo más que un simple funcionario de los servicios británicos de Inteligencia. No se llegaba a un puesto así por méritos de oficinista, ni por pericia en la taquimecanografía solamente.

Ella era un agente activo, como él mismo, y reaccionaba con gran celeridad ante cualquier situación límite como aquélla. Hazel, sin embargo, era una mujer al margen de aquella vida agitada.

De no haberla arrojado él a tierra, violentamente, con su empujón, rodando ambos por el asfalto, ante la sorpresa y terror de los transeúntes, Hazel Forbes hubiera encontrado la muerte allí mismo, ante la fachada del Hospital Internacional de Buenos Aires.

Porque Gunther Bremner, el tercer mellizo, había levantado ya su arma contra ellos.

El pelirrojo individuo de gafas ahumadas y cabellos cortados a cepillo, se había limitado a alzar una cámara tomavistas en dirección adonde estaban ellos. El objetivo apuntó directamente a Mike Murray.

Y, por ende, a Hazel Forbes. Y en parte a la pelirroja Virginia...

Esta última ya rodaba por el suelo, sobre sus piernas elásticas, desgarrándose la corta falda sobre los muslos, y brotando de alguna parte de su cuerpo, entre los firmes dedos, una pequeña, pero contundente automática provista de silenciador.

Hazel gritaba y jadeaba, lanzando improperios a Mike, en tanto éste daba volteretas pegado a ella, y su mano libre buscaba la «Walther PP/K».

Desde el objetivo del supuesto tomavistas, brotó un chorro llameante, silbante, que zumbó a través de la calle, provocando gritos de alarma en algunos atónitos espectadores.

Donde antes estuvieran erguidos Mike y Hazel, el asfalto pareció entrar en erupción, reventar en pedazos y alzarse de él una humareda densa, corrosiva, irritante, de fuerte y acre olor a ácido.

El solo proyectil aquél, hubiera bastado para causar desgarros mortales a él, a Hazel, y acaso heridas serias a Virginia.

Pero nada de eso había sucedido, y ya el pelirrojo asesino se disponía fríamente a repetir su acción criminal.

Mike alzó la mano armada. Se anticipó a Virginia. Disparó la poderosa «Walther» silenciosa.

El potente proyectil alcanzó de lleno el arma de Gunther Bremner y sus manos. Mike había hecho ese disparo para desarmar al criminal, y poderlo capturar con vida. Podía ser muy importante para la policía, para ellos... y para la Ciencia.

Pero el riesgo estaba justamente en aquel arma, y él lo sabía. Sólo que no pudo hacer otra cosa, porque la vida de todo ellos estaba en juego en ese momento.

El arma estalló entre las manos del ejecutor. Una llamarada, una humareda acre saltó del tomavistas destrozado. Sus cargas mortales reventaron sobre el propio rostro de Bremner.

El destrozo fue fatal. No pudo hacer nada por impedirlo. Además de perder sus manos, convertidas en informes masas abrasadas, rostro y cabellos desaparecieron en la humareda nauseabunda. Un alarido escalofriante brotó de detrás...

Cuando el cuerpo rodó a tierra, en medio de la calzada, la cabeza era un amasijo deforme, sanguinolento y horrible, difícil de reconocer... Una mujer gritó, desvaneciéndose de horror al verle.

Mike se incorporó, jadeante, arma en mano, ante la mirada dilatada e incrédula de una Hazel Forbes que no entendía absolutamente

nada de cuanto veían sus ojos.

Virginia corría ya hacia el caído. Llegó a él antes que Mike. Hincó en tierra una rodilla, sin importarle que la forzada postura dejara ver sus piernas hasta el *slip*. Se volvió a Mike, que caminaba hacia ella llevando a Hazel de la mano.

—No hay nada que hacer, Murray —dijo—. Está muerto... Destrozado por sus propias cargas corrosivas...

Mike se detuvo, jadeante. Cambió una mirada con Hazel, que no desviaba de él sus ojos atónitos más que para examinar con horror el cadáver tendido en la calzada. La gente se arremolinaba en torno. Agentes de policía bonaerenses acudían de prisa al lugar del suceso.

—Lo siento, Hazel —murmuró Mike—. No sé cómo estás aquí ni por qué... pero pudo costarte muy caro.

Ese hombre nos hubiera matado a todos sin dificultad alguna.

—Mike... Mike, ¿qué significa todo esto? ¿Qué... qué haces con ese arma...? ¿Quién era ese hombre horrible? Y esa chica pelirroja, con una pistola también... Mike, ¿qué está ocurriendo aquí?

Mike suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Va a ser difícil de explicártelo. Pero inevitable... Sobre todo, cuando veas a otra persona que también se va a llevar una buena sorpresa al verte en Buenos Aires, querida...

Y sintió ganas de reír, pese a todo, al pensar en la cara que pondría Duncan Forbes cuando se viera poco después cara a cara con su hija...

Mientras tanto, sin él saberlo, en un piso alto, situado frente al edificio del Hospital Internacional, desde una ventana a medio cerrar, unos potentes prismáticos se fijaban en ellos. Una cámara de filmación recogía, con teleobjetivo muy potente y nítido, todo lo sucedido en la calle.

Un hombre se ocupaba de todo, eso, mientras otro, pegado a un teléfono, informaba escuetamente a alguien situado al otro extremo del hilo:

—Sí. Ese inglés se ha librado de todo. También la pelirroja... Y, por cierto. Hay otra mujer a quien el inglés parece tener en especial estimación... Una joven con aspecto de extranjera también... Sí, estoy filmándolo todo. Veremos quién es... Puede sernos muy útil para atacarle a él...

Forbes separó dificultosamente su mirada de Hazel. Parecía anonadado.

—Dios mío, qué locura... —masculló—. ¿Quién te metió en todo esto?

—Lo siento, papá. Ese edificio, el Hospital Internacional, fue captado por un reportero de televisión el día del desfile... Captó a Mike... y a esa pelirroja. No vacilé en tomar el avión y presentarme aquí. ¿Cómo podía imaginar... que te encontraría también a ti en Buenos Aires, papá?

—Pues ya lo ves. No sólo eso, sino que pudiste perder la vida tontamente, por meterte en donde no te llaman, Hazel.

—Papá, Mike sigue siendo mi prometido. Me abandonó con una excusa intolerable, al pie del altar. Tenía derecho a...

—Sí, sí, Hazel —cortó Mike—. Tú tienes razón. Has obrado como lo haría cualquier mujer con dignidad. No puedo reprocharte nada. Ni tu padre lo hará. Sólo que... has ido demasiado lejos, por culpa de las circunstancias.

—Yo no podía esperar que tú... que tú estuvieras metido en problemas... Y menos aún, con la complicidad de mi propio padre...

—Hazel, hay cosas que no pueden revelarse a nadie —declaró tristemente su padre—. Ni siquiera a una hija. Nuestros agentes especiales, forman un grupo casi suicida. Su misión es siempre peligrosa. No pueden estar casados, lo prohíbe el reglamento.

—Entonces, ¿por qué fijasteis la fecha de la boda, sabiendo eso?

—Hazel, querida, escucha bien lo que voy a decirte: entonces, Mike estaba dado de baja en el Cuerpo. Después, nos hizo falta. Sólo él podía ocuparse de esto. Hubo que rectificar... y no era nada fácil.

—Ya veo. Y ahora... ¿qué vamos a hacer?

—No se puede hacer mucho —suspiró Duncan Forbes—. Tengo que pedir mi baja. Y la de Mike. Sería contrario a todo reglamento que tú supieras algo así. Además, va siendo hora de que seáis felices y os dediquéis el uno al otro... También yo necesito descansar. Sí, puede que todo esto haya ido bien, después de todo.

—Olvidan algo —dijo secamente Virginia—. El caso *Svástica*. Debe quedar resuelto, ¿no les parece?

—Sí. A cualquier precio, debe resolverse —afirmó Mike, ceñudo—.

Después será el momento de renunciar, Forbes.

—Mike, con Hazel aquí, no podremos hacer nada —protestó Duncan—. Cuando sepan esto en Londres, nos destituirán inmediatamente. Y Virginia, como representante de los Servicios Secretos de Su Majestad en Buenos Aires, está obligada a informar directamente a Londres sobre lo ocurrido.

—Sí, me temo que sí —convino Virginia, sin rencor—. Murray, usted sabe que debo hacerlo, o faltaría a mis obligaciones...

—Claro. Hágalo. R. F. nos destituirá en el acto. Pero le voy a pedir algo, Virginia.

—¿Qué es? Si está en mi mano hacerlo...

—Son las dos de la tarde. —Mike miró su reloj de pulsera—. Déme ocho horas. A las diez de la noche, notifique a Londres lo sucedido. Pero no antes. A las diez, Virginia. Es el único favor que le pido.

—Bien... —suspiró la pelirroja, a quien Hazel miraba con cierto recelo—. No puedo negarle eso, Murray. Oficialmente, nada sabré hasta las diez en punto. Pero no puedo esperar un minuto más...

—No hará falta —sonrió Murray, «Agente 2000»—. Será suficiente...

—Suficiente, ¿para qué, Mike? —quiso saber Forbes, preocupado.

—Para encontrar a *Svástica*. Y para saber qué ha motivado realmente todos estos asesinatos...

—¿Estás loco? —se escandalizó su futuro suegro—. ¡Si apenas sabemos nada de nada!

—En ocho horas, todo puede quedar aclarado. Es cosa mía...

Y los grises ojos metálicos de Mike Murray, brillaron con decisión.

* * *

—¿El mismo caso, doctor?

—Sí. Idéntico. Pasadas unas horas de la muerte, al comenzar el *rigor mortis*, el cadáver se transforma —señaló la epidermis del cuerpo, bajo la cruda luz vertical—. Vea eso, con atención.

Miró Murray donde señalaba el gerontólogo argentino. Era muy visible el envejecimiento epidérmico. Arrugas, senectud bien evidente, en un hombre que poco antes parecía no tener aún treinta y cinco años...

—Estoy por asegurar que, pese a lo absurdo que pueda sonar, este hombre era ya viejo anteriormente. Le aplicaron algo, quizá un suero prodigioso... —El médico sacudió la cabeza, desorientado—. Gozó de una falsa juventud durante un tiempo... y luego se convirtió en esto.

—Manantial de Juventud... —susurró Mike entre dientes—. Cielos, es lo que está ocurriendo: «Shangri-La Número Dos»...

—¿Qué quiere decir?

—Doctor, usted puso el dedo en la llaga. No es que estén pensando en alargar la vida. Ni en prolongar la juventud. Sencillamente, tratan de devolver esa juventud a personas ya ancianas. Así es posible resucitar viejos fantasmas... Asesinos nazis, personas fanáticas, defensoras de una idea ya caduca y trágicamente evocada. Los jóvenes no seguirán postulados nazis salvo por snobismo. Luego, el movimiento neonazi se derrumbará por sí solo. Pero si alguien, un fanático, un loco, ha pensado en REVIVIR a los fanáticos envejecidos, a los antiguos combatientes, a los militantes que soñaron con un Reich mundial... la cosa sería diferente...

—Temo no entenderle, señor Murray —confesó el médico.

—No importa. Trataré de explicarlo a quienes me entiendan... por si aún es tiempo de detener una idea demencial.

CAPÍTULO IV

EL GRAN SUEÑO

—¿Tiempo? ¿Una idea demencial? ¿A qué se refiere, Murray?

Mike meneó la cabeza, dejando vagar su mirada por la bella residencia situada en las afueras de Buenos Aires. Los jardines, en torno a la casa, eran un remanso de paz en el anochecer platense.

De regreso en su hogar, pero guardando cama todavía, Irene Hidalgo mostraba aún signos de debilidad, palidez suave en su tez, manos de alabastro sobre el embozo. Y una viva mirada azul, profunda, fija en su visitante.

—A lo que nos rodea, como una pesadilla. Es un sueño imposible de otro tiempo, llevado a la práctica por alguien que ha alimentado un delirio de poder y de grandeza inalcanzable para cualquier ser humano.

—¿Qué delirio es ése?

—El regreso a los tiempos del nazismo. Un mundo con la svástica por bandera, única. Un poder siniestro. La Gestapo, las SS... Volver a empezar, Irene, ¿se da cuenta?

—Sí —se estremeció ella—. Es espantoso... Sólo imaginarlo causa horror. Aunque sólo tenía un año, mi mente parece guardar recuerdos de sangre, de muerte, de odio... No quisiera volver a aquello.

—Alguien ha soñado con ese regreso imposible. Todo, porque dos ideas simultáneas se cruzaron en una mente maestra: el dinero y el poder. Y, por encima de ello, un prodigio científico olvidado por todos. Algo que el escepticismo general nunca admitiría. Y que, sin embargo, EXISTE.

—¿Y es...?

—El Manantial de Juventud.

—No lo entiendo...

—Es difícil de captar. No hay tal manantial. Mi tal juventud tampoco. Sólo es una regeneración de tejidos, una renovación bioquímica del ser humano envejecido. Mucho me temo que no sólo

la muerte detenga el prodigio. Seguramente, un plazo de tiempo muy breve, bastará para dar al traste con el éxito inicial. Hoffman investigó todo eso, obtuvo algo, pero no todo. Sin embargo, podía bastar para una idea genial. Si alguien manipulaba eso sobre viejos líderes nazis aún vivos... si les devolvía la juventud... ellos harían el resto. Y el mundo, quizá alucinado, seguiría en parte a esos líderes. Cuando menos, los jóvenes neonazis tendrían algo más que mitos por los que luchar. Algo vivo y encendido les llevaría a la lucha, a la violencia, al odio desatado...

—Eso significaría... la guerra.

—A la larga, sí. Contienda civil, partidos políticos neonazis... Y de nuevo la hoguera de otros tiempos, con todas sus consecuencias. Entretanto, bastaría con dinero abundante, con medios amplios, al servicio de una mente astuta y poderosa, para levantar al mundo de los fanáticos...

Hubo un silencio. Irene bajó la cabeza.

—Dios mío... —murmuró amedrentada—. Sería realmente terrible... ¿Cree que existe alguna posibilidad?

—Existe. Por eso quiero aniquilarla hoy mismo: esta noche, antes de que renuncie a seguir sirviendo a mi país.

—¿Sirviéndole? ¿En qué terreno, Murray? ¿Es usted policía acaso?

—Algo más complejo —sonrió Mike—. Soy espía.

—¡Espía! —Le miró, interesada—. Creí que eso no se revelaba nunca a nadie...

—No importa ya. Dentro de dos horas, habré dejado de serlo. Ya no importará guardar secreto alguno, Irene.

—Espía... —La joven herida le estudiaba, llena de vivo interés—. Una inquietante y hermosa profesión la suya, Murray...

—No lo crea. A veces, tiene cosas duras e ingratas. Pero aun así, la echaré de menos cuando deje de serlo.

—¿Por qué precisamente hoy... dentro de dos horas?

—Para entonces, Irene, todo habrá terminado.

—¿Terminado? —Enarcó ella las cejas—. ¿Qué quiere decir?

—Que un complot criminal habrá sido despedazado. Una droga inútil para los humanos; habrá dejado de existir. La idea de un fanático demente, habrá terminado.

—¿Está seguro? ¿Puede conseguirlo... en sólo dos horas?

—Sí, Irene. Puedo hacerlo.

—¿Dónde, en qué forma?

—Lo sabrá pronto. Ahora... —Se detuvo. Había sonado una llamada en la puerta. Miró a Irene Hidalgo, que mostró cierta inquietud—. Voy a abrir. Tenemos visitas.

—¿Visitas? —La inquietud de ella fue en aumento—. ¿Qué clase de visitas?

—Isaac Mayer y Greta Bergman —suspiró Mike—. Les he citado aquí.

—Oh, ellos... —Pareció haber alivio en el pálido rostro de la joven convaleciente—. Logró sacarlos de su yate...

—Había algo que podía hacerlo —sonrió Mike—. Por eso han venido.

—¿Y... qué es ello?

—En seguida lo verá. —Murray fue a la puerta, a la segunda llamada. Abrió. Regresó al dormitorio con el hombre de la caperuza dorada y su inseparable venus bronceada, de cabellos dorados. Vestía ella un traje rojo, ceñido, realmente deslumbrante, que se adhería a sus curvas como una piel escarlata. Invitó Mike—: Adelante, por favor. Son puntuales...

Los ojos del hombre de la máscara dorada se clavaron en la muchacha que yacía en el lecho. Se acercó a ella, tendiéndole sus manos enguantadas. Hubo ternura en su gesto.

—Irene, querida... —susurró.

Ella le miró, entre desconfiada y medrosa. Trataba de penetrar, sin duda, en aquella caperuza de oro, en los movimientos y ademanes del visitante... Mike la observaba de soslayo.

De repente, al rozar las manos enguantadas del cazador de nazis, Irene se encogió instintivamente. Sus ojos buscaron, con terror, los de Mike. Su voz sonó ronca, acusadora:

—¡No! ¡No es Mayer! ¡No es él, Murray!

Y chilló agudamente, con terror. Mike se revolvió hacia el hombre de la máscara dorada. Éste, rápido, apartó de un empujón a la sorprendida y deslumbrante Greta Bergman, para ir hacia la puerta y escapar.

La puerta de la casa se abrió. Aparecieron en ella tres policías uniformados, de la Jefatura de Policía de Buenos Aires, que encañonaron al hombre de la caperuza dorada, dispuestos a todo.

—¡No es Mayer! —insistía con vivo terror Irene Hidalgo—. ¡No es

mi padre!...

Las armas apuntaban al visitante de dorada máscara. Si éste intentaba escapar, sería acribillado a balazos... Es más, parecía que los policías no iban a dudar en hacerlo, aunque él se detuviera. Los dedos temblaban en los gatillos...

Mike Murray actuó con rapidez.

Derribó de un empujón al hombre de dorada caperuza. Luego, su mano apareció armada.

Y disparó la «Walther PP/K»... ¡contra los policías argentinos!

Hubo un triple grito de agonía. Los agentes uniformados, cazados por los disparos silenciosos y mortíferos de la pistola de Mike, no llegaron a tiempo de utilizar sus propias armas.

Tras la serie de sordos taponazos que brotaron del arma de Mike Murray, reinó un profundo silencio en la vivienda. En el lecho, Irene estallaba en sollozos. Greta, asombrada, clavaba sus ojos profundos en Mike. En el suelo, el hombre de la caperuza dorada comenzaba a incorporarse...

—Pero... ¿qué sucede? —gimió Irene, convulsa, mortalmente lívida—. ¿Quién era ese hombre, qué es lo que está pasando aquí esta noche, Murray, por el amor de Dios? Usted... usted ha matado a esos policías...

—No eran policías, Irene. Su misión era hacerme creer que sí... como la misión suya, Irene, era HACERME CREER QUE MAYER NO ES MAYER. ¿Por qué, Irene? ¿Para matar justificadamente a su presunto padre? Eso, teniendo en cuenta que él hizo testamento y usted lo sabe, significaría que USTED HEREDA TODOS LOS MILLONES DE ISAAC MAYER...

—¿Qué... qué está pretendiendo decirme? —musitó ella, angustiada, con incrédula mirada fija en Mike—. Eso suena a puro disparate...

—¿Disparate? Oh, no, Irene. No es ningún disparate. Usted necesita su dinero, su poder, sus amplios medios... Así podrá desarrollar su plan. Así podrá fabricar la droga de la juventud, levantar el carcomido imperio del terror nazi, como quien levanta espectros o vampiros de sus tumbas... No se ha dado cuenta de que todo aquello es como los propios Bremner a quienes usted contrató, Irene... Es algo viejo. Viejo y muerto, casi enterrado. Ya nadie puede moverlo, ni con millones ni con sueros maravillosos de la

bioquímica...

—Mike, no entiendo nada. No puede acusarme a mí... Yo... yo fui atacada, herida por esos criminales... Sólo un milagro evitó mi muerte...

—No. No fue un milagro. Hice examinar hoy por los expertos las balas de los demás asesinados. Y la suya, Irene. Su aleación era algo diferente. Muy poco. Lo preciso para NO ESTALLAR dentro de su cuerpo. Los Bremner eran muy buenos tiradores. Prodigiosos, diría yo. El blanco consistía SOLO EN HERIR A IRENE HIDALGO, sin matarla. Era su coartada. La presentaría como una víctima más, y Mayer nunca sospecharía de su presunta hija Irene, como culpable de todo... bajo el nombre de *Svástica*...

—¿Qué? —aulló el hombre de la máscara dorada, incorporándose—. Mike, ¡mi hija no puede ser culpable!

—Lo es. Es decir, es culpable esa joven a quien usted conoce como Irene Hidalgo. No recuerda bien su rostro. Lord Kimberland sí lo recordaba. Y Gould. Por eso murieron. Usted sólo debía morir por su dinero. La primera vez fracasó, cuando usted ya había legado a su hija todos sus bienes... Pero me temo que Irene Hidalgo NO ES SU HIJA.

—¿Qué dice, Mike? —jadeó el millonario—. Tiene que serlo... ¿Quién iba a ser, si no? La he visto otras veces, la conozco bien...

—Usted conoce a una muchacha que DICE ser Irene. Sabe que *Svástica* puede adquirir cualquier personalidad. Pero en este caso, estamos ante la suya verdadera: Irene Hidalgo. Al menos, la personalidad que mantiene hace años... Porque lo cierto es que la hija de usted, la que llevaba por nombre Hidalgo... debía de tener algo que la identificase, ¿no es cierto?

—Sí... —musitó roncamente Mayer—. Una... una señal en su espalda... Una doble letra S. Las SS... Se lo tatuaron los verdugos del campo... Lo hicieron con tinta púrpura...

Mike cruzó hasta donde estaba Irene acostada. Rápido, rasgó su blusa, antes de que la paciente tuviera tiempo de reaccionar. Gritó ella.

Mike mostró su espalda desnuda.

—Vea... Mire eso, Mayer.

—¡Tiene la doble letra S! —jadeó el millonario, atónito—. ¿Lo ve, Murray?

—Mire más atentamente... Es un tatuaje púrpura, sí. Le hubiera engañado a usted... pero sólo dentro de un tiempo. Si lo ve de cerca, notará que fue hecho hace poco. Menos de tres años, sin duda. No es un viejo tatuaje infantil, esté seguro... En suma: Irene Hidalgo, o Irene Mayer, murió en Buenos Aires hace esos dos o tres años. La mató una mujer nazi, llegada misteriosamente a la Argentina, y que adoptó la identidad de Irene. La cirugía plástica hizo el resto. Pero nunca hubiera engañado a un viejo agente secreto, a un hombre minucioso y observador como Gould... ni siquiera a usted, a la larga. Muertos todos, era dueña de la fortuna de Isaac Mayer... ¡y podía explotar la droga del doctor Hoffman, que ella obtuvo de él!

—¿Cómo pudo obtenerla? ¿De qué conocía a Hoffman? —dudó Mayer.

—¿Es que no se ha dado cuenta aún? Hoffman, el científico muerto... PUDO TENER UNA HIJA. Y ella es... la que todos conocemos por Irene Hidalgo...

En el lecho, la rubia y hermosa muchacha les miraba a todos con extraña frialdad. Luego, rompió a reír.

—Le felicito, Murray —dijo—. Éxito total. Como usted dijo, albergué un sueño imposible. Lo que está muerto... muerto está. No debí pretender vengar a papá. Ni reconstruir un imperio de cenizas...

Algo crujió en sus dientes. Rápido, Mayer se precipitó hacia ella. Mike le detuvo.

—No —dijo—. Espere. No hay tiempo ya. Ella... tiene derecho a eludir su castigo...

La cápsula de cianuro, como antes hiciera con su padre, terminó pronto con Irene. Ella les miró fijamente, casi con indiferencia. Al morir, sólo dijo:

—¡*Heil*... Hitler!

Y murió con la sonrisa en los labios.

EPÍLOGO

—¿No cambian de idea?

—Imposible, señor —negó firmemente Duncan Forbes.

—No hay salida alguna —sonrió Mike—. Hazel lo sabe todo. Va a ser mi esposa. Y es la hija de Duncan Forbes. Eso iría contra los reglamentos...

—Infiernos, con gente como ustedes, podrían incluso quebrantarse ciertas normas rígidas... —comentó R. F.—. Nadie hubiera resuelto el caso de «Shangri-La»...

—Bastaba un poco de imaginación para advertirlo. El atentado a Irene no tenía sentido, si no era parte de una inteligente coartada. El blanco era demasiado claro y preciso para que los Bremner fallaran. Nunca entendí cómo sucedía eso... hasta que pensé en Irene como culpable. Y todo encajó a partir de ese momento...

—Murray, necesito aún el «Agente 2000» en mis filas —le recordó R. F. con tono grave.

—Lo lamento, señor. No puedo hacerme cargo de nada. He elegido a Hazel. Y esta vez no habrá aplazamientos...

—Diablo, hubo un momento en que creí que era la chica de Buenos Aires la que le atraía...

—¿Virginia? —Mike sonrió—. Es una gran chica, una buena compañera... Pero dos espías casados darían pésimos resultados en el hogar, estoy seguro. Además... cuando vi a Hazel comprendí que era capaz de eclipsar a todas con su sola presencia.

—De modo que no hay vuelta atrás...

—No, señor —negó Mike calmosamente—. No la hay. Nos vamos.

—Bien... —Se incorporó R. F. con solemnidad. Les tendió su mano—. Deseo que sea muy feliz como Mike Murray, «Agente 2000». Y a usted, Duncan, que el descanso merecido le llene de satisfacciones, junto a sus hijos.

—Gracias, señor —sonrió Forbes—. Ésa es la nueva misión del «Agente 2000»: proporcionar la felicidad a mi hija. Sé que sabrá cumplirla como si aún prestase sus servicios en este Departamento.

—Mejor aún —rió Mike de buen grado—. Porque en esa misión, no

habrá el riesgo de morir o de matar. Bastará con amar... y ser amado. Una alternativa mucho más dulce y agradable que la de empuñar un arma y ver caer muerto a alguien... o ser uno quien caiga.

—Indudablemente —suspiró R. F.—. Pero aun así, sé que echará de menos todo eso.

—Siempre, señor —sonrió Murray—. Un agente secreto, jamás podrá olvidarse de que lo fue. Y de todo lo que significó para él... y para su país.

Se estrecharon la mano.

Poco después, Forbes y su futuro yerno, abandonaban el edificio de los Servicios de Inteligencia. A poca distancia, en un coche, esperaba Hazel. Los tres se alejaron hacia la Abadía de Westminster. Faltaban solamente tres horas para la boda.

Y esta vez, no habría aplazamientos.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Alude a Horizontes perdidos, la novela de Hilton, en la que se habla de Shangri-La, monasterio tibetano oculto en un valle paradisíaco, de eterna juventud. < <